

SOBRE LA ULTRADERECHA

Jordi Garcia-Petit i Pamies

número 176

PAPERS DE LA FUNDACIÓ

SOBRE LA ULTRADERECHA

JORDI GARCIA-PETIT I PAMIES

Número 176
PAPERS DE LA FUNDACIÓ

Setembre 2023

© d'aquesta edició: Fundació Rafael Campalans
Pallars 191
08005 Barcelona
Tel. 93 319 54 12
e-mail: fundacio@fcampalans.cat
www.fcampalans.cat

Disseny: Departament de Disseny i Edicions del PSC

ÍNDICE

Introducción	5
Las ideas con las que la ultraderecha pretende sumergir Europa	8
La desigualdad	12
El rechazo de la inmigración	14
El antifeminismo ultraderechista	22
El negacionismo respecto al cambio climático	26
Entre el euroescepticismo y la eurofobia	29
La apropiación de la ley y el orden	32
El cordón sanitario ineficaz	34
La ultraderecha no es fascismo	39
La causalidad cultural	42
El reaccionarismo paralizante	45
El blanqueamiento de la ultraderecha	47
El miedo a los que ya no dan miedo	51
A modo de epílogo	53
(La recuperación de Europa)	59

Jordi Garcia-Petit i Pamies es Doctor en derecho por la Universidad de Barcelona, ha sido profesor de Derecho internacional público en la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona, profesor de Relaciones internacionales en el Centre d'Informació i Documentació Internacionals, CIDOB, de Barcelona, profesor en el Centre d'Estudis Internacionals de la Universidad de Barcelona y del Ministerio de Asuntos Exteriores para la preparación del acceso a la carrera diplomática, profesor del Master en Estudios Internacionales de la Universidad de Barcelona en la especialidad "La Comunidad Europea y su sistema jurídico" y director jurídico del Comité de las Regiones de la Unión Europea. Autor de numerosos artículos, ponencias, informes y trabajos sobre cuestiones de política internacional, derecho internacional público, construcción europea, cultura y sociedad. Ha colaborado, entre otros medios, en Diari de Barcelona, El Observador, Avui, Le Monde diplomatique en español, El Punt Avui, La Vanguardia y El País. Actualmente colabora en la revista Política&Prosa y en los digitales Cronica Global y E-Noticies.

Introducción

No abunda en España la literatura propia de análisis del fenómeno ideológico y político de la ultraderecha. Contamos con el excelente estudio de Beatriz Acha Ugarte, “Analizar el auge de la ultraderecha” (2021) y poco más, a lo que habría que añadir las traducciones de autores extranjeros, entre estas la muy destacable “La ultraderecha hoy (Estado y sociedad)” (2021) del neerlandés Cas Mudde.

Hasta cierto punto se comprende la cuasi laguna, por un lado, porque hasta la aparición de Vox en 2013 no existía un partido de ultraderecha que se asemejara, más o menos, en implantación e ideas a las otras ultraderechas europeas; digo más o menos, porque, aun con las muchas similitudes ideológicas y la simultaneidad del fenómeno en suelo europeo, las ultraderechas son productos muy nacionales, aunque se hable de una Internacional Ultraderechista. El francés *Rassemblement National* (“Reagrupamiento Nacional”) y la alemana *Alternative für Deutschland*, (“Alternativa para Alemania”), la AFD, los dos movimientos ultraderechistas más importantes de Europa tienen especificidades propias de Francia y Alemania respectivamente, y no serían intercambiables. Igual ocurre con Vox respecto a España, que tampoco sería permutable con *Fratelli d'Italia* (“Hermanos de Italia”), pese a lo mucho que comparten ambas ultraderechas y a lo que, relativamente, se parecen España e Italia.

Y, por otro lado, habíamos padecido cuarenta años de franquismo y creíamos estar inmunizados contra la ultraderecha. Aunque al final del franquismo surgieron algunos grupos radicales, derechistas o fascistoides, no hubo un partido de extrema derecha consolidado. “Fuerza Nueva”, fundado en 1976, en coalición electoral con otros grupos de parecido signo, obtuvo el respetable resultado de 378.964 votos en las primeras elecciones legislativas de 1 de marzo de 1979, el 2,11% del voto emitido, pero, perjudicado por el sistema electoral proporcional, solo sacó un diputado, el notario Blas Piñar López, fundador del partido. “Fuerza Nueva” no arraigó, era pura nostalgia del franquismo y su programa solo una dura descalificación de la mayoritariamente deseada democracia en proceso de construcción. Su atractivo era pues limitado por inoportuno en aquel momento histórico. Se disolvió en 1982.

Ahora que con Vox ya somos plenamente europeos –como se ha ironizado–, con vendría ampliar la reflexión sobre la ultraderecha. Es lo que me propongo con este trabajo, remitiéndome a las ideas, objetivos y práctica de Vox cuando resulte útil para ilustrar la exposición en el contexto de España, pero no es una reflexión sobre Vox.

El fenómeno de la ultraderecha es tan amplio, tan universal, con tantos antecedentes históricos nacionales y generales, con tantos recovecos e implicaciones de orden social, político y cultural que es necesario acotarlo y limitar la reflexión a algunos aspectos, empezando por circunscribirlo a la ultraderecha europea.

Me ha parecido determinante, significativa y común a las ultraderechas europeas –existen ultraderechas en otros continentes, pero las europeas tienen causas y características que nos conciernen directamente– la idea de la desigualdad, que impregna las otras ideas axiales: el rechazo de la inmigración y del feminismo, la concepción de la “ley y orden”, la reacción frente al presente de una evolución social que temen, sin olvidar el negacionismo respecto al cambio climático y el rechazo de la Unión Europea.

Y no paso por alto que existe un tronco común ideológico de la derecha y la ultraderecha, a pesar de negarlo ambas, la derecha por sentirse rebajada y la ultraderecha por pretenderse diferente, como tampoco dejo de situar las ideas y las actuaciones de la ultraderecha, y en ocasiones de la derecha, en diferentes contextos históricos o actuales, las cuales sin cuya contextualización amplia no se entenderían. Del vasto panorama ultraderechista de Europa he escogido como referencia a las ultraderechas mayoritarias de Alemania, Francia e Italia, y por supuesto, de España.

En cuanto a las prácticas, he considerado el fracaso del llamado “cordón sanitario”, la errónea consideración de la ultraderecha como fascismo, la causalidad cultural del auge de la ultraderecha, el blanqueamiento o normalización de la ultraderecha y el miedo que dan “los que ya no dan miedo”.

Finalmente, me he atrevido a formular a modo de epílogo más que unas conclusiones algunas variadas deducciones de una reflexión que, referida a hechos y acontecimientos conocidos hasta julio de 2023, es de carácter general.

Sin duda, la selección temática queda corta, pero como aproximación crítica a la ideología de la ultraderecha puede al menos alertar sobre los peligros que el fenómeno entraña para Europa y para España en concreto. Espero haberlo logrado.

En todo caso, aportar una reflexión independiente del mundo reductor de las redes sociales, donde la ultraderecha tiene una fuerte presencia temática y propagandística, es la intención última de este análisis, elaborado con toda honestidad.

Las fuentes de información general que más he manejado han sido La Vanguardia, El País, Libération, Le Monde, Le Monde diplomatique, Die Zeit y Der Spiegel. He contrastado los datos utilizados, cruzando, siempre que ha sido posible, dos o más fuentes, y optando preferentemente por archivos institucionales. Para facilitar la lectura he prescindido de las notas a pie de página y de las citas bibliográficas, salvo de unas pocas por su significativa importancia, y he procurado mantener un estilo fluido más próximo al del periodismo que al académico, que habría sido el mío.

Las ideas con las que la ultraderecha pretende sumergir Europa

Con más o menos representación parlamentaria, desde el mínimo que permite el sistema proporcional hasta el 26,1% de *Fratelli d'Italia* en septiembre de 2022, instalada o no en las instituciones, socio minoritario o paritario de la derecha conservadora, participando en el gobierno de coalición de derechas de Finlandia, con buenas expectativas en Suecia y en Chequia, fuerza hegemónica en el gobierno de Estados importantes, flamante en Italia y veterana en Hungría y Polonia, la ultraderecha se halla presente en casi todos los parlamentos de los países europeos. Las excepciones obedecen más a características del sistema electoral que a una implantación irrelevante. Es el caso del Reino Unido.

La socorrida frase del preámbulo del Manifiesto Comunista de 1848: “Un fantasma recorre Europa...” describiría, acertadamente o no –en todo caso, sin el sarcasmo que Marx y Engels pusieron en la metáfora del fantasma–, la actual expansión de la ultraderecha por Europa, mientras los partidos y los ideólogos de la órbita ultraderechista dan por hecho que sus ideas están a punto de inundar Europa. De esa ilusión partidista a la realidad hay todavía un buen trecho, pero es una posibilidad no descartable.

Como en la novela corta de Oscar Wilde, “El fantasma de Canterville”, se trata de un fantasma escurridizo, difícil de aprehender, entre otras razones, porque no es solo un fantasma, sino una constelación fantasmal de ideas extremas de derecha, ubicuas, tan pronto exclusivas de la ultraderecha como compartidas con la derecha conservadora.

Sería demasiado entretenido y de resultados inciertos hacer el inventario exhaustivo de esa fantasmal constelación de ideas, habría que bucear en el manifiesto programático de cada ultraderecha de cada país, si lo tienen formulado y publicado. Mejor quedarse en lo notorio del común denominador a todas las ultraderechas y tenerlo por el ideario definidor de la ultraderecha.

La nación propia es el marco espacial y cultural de los desvelos de la ultraderecha. En esta fase de su expansión todavía juega al internacionalismo, son frecuentes las cumbres de ultraderechas europeas y los encuentros bilaterales entre ellas

-Santiago Abascal, líder de Vox, ha sido recibido por Víctor Orbán en Budapest, aprovechando ambos para ensalzarse mutuamente-, pero en un tiempo utópico de Estados europeos gobernados por ultraderechas, cada una defendiendo los intereses de su nación, los enfrentamientos, incluso armados, serían inevitables. El internacionalismo es la antítesis del nacionalismo, que es la creencia esencial de las ultraderechas.

El sistema capitalista de producción y de consumo es su marco económico de referencia, interpretado de manera ultraliberal y competitiva hacia dentro y hacia fuera. En general, la economía no es el fuerte de las ultraderechas, ahí las aventaja la derecha tradicional y la prueba es que la siguen en las grandes líneas del liberalismo económico y financiero. Los ultraderechistas se concentran en las preferencias nacionales y de clase, en las exclusiones y la reducción de los servicios públicos y las ayudas sociales, principalmente a los inmigrantes y a los extranjeros que por algún motivo residan en el territorio nacional.

La nacionalidad es sagrada y se adquiere restrictivamente por el recuperado *ius sanguinis* y, elevada a la categoría de bien supremo, es la posesión que compensa a los desposeídos nacionales –cualquier pobre debería dejar de sentirse pobre por ser español, lo mismo referido al pobre de cualquiera otra nación europea–. La ley y el orden deben imperar en la sociedad, en todos los ámbitos, en casa, en la escuela, en el trabajo, en la calle, sin ser todavía autoritarismo es lo más cercano a éste que las sociedades europeas se supone que pueden aceptar sin perder el carácter democrático.

Estos son los principales marcos en los que encajar lo que fundamental y sustantivamente caracteriza a la ultraderecha, los rechazos. La lista es larga y abierta a nuevos rechazos. El primero de todos, la inmigración, ni una sola ultraderecha es indulgente o moderada en esta cuestión hasta el punto de que constituye su seña de identidad ideológica.

Los otros rechazos no son ni pocos ni triviales, componen un cuadro reaccionario a los cambios culturales y sociales del presente como nunca se había dado, ni siquiera en los fascismos que, a su manera, aceptaban la modernidad de su tiempo. Las ultraderechas rechazan el feminismo –niegan la violencia de género y frenan la igualdad social de la mujer–, el aborto, el matrimonio homosexual, el colectivo LGTBI, el “transgénero”, la eutanasia, la discriminación positiva –salvo las que aplicarían ellos–, el plurilingüismo –el grupo nacional dominante impone su lengua–, el factor humano en el cambio climático –cambio que como mucho sería un ciclo más por los que ha pasado el planeta– y son euroescépticas o euróforas.

Constatemos que todo lo que rechazan son manifestaciones de la modernidad de nuestro tiempo.

Esta es solo una relación de rechazos indicativa, pero que por sí sola explica el auge de la ultraderecha: son rechazos que están, de manera inconfesada o inconsciente, en la mente de mucha gente que, si más no, piensa que habría que introducir condiciones en el ejercicio de aquellas libertades y derechos, “ajustar” como dice el PP, el partido tradicional de la actual derecha española. Los cambios culturales acelerados, impulsados por los sectores más dinámicos de la sociedad, cuestan de seguir y digerir por otros sectores de la población.

Este conjunto de ideas, acompañado de prácticas que las implementan o tratan de hacerlo, se califica de ultraderecha o de extrema derecha, sin excluir otras calificaciones específicas (racistas, xenófobos, supremacistas...) o genéricas (fascistas, neofascistas, populistas). El universo de los portadores de tales ideas comprende desde la “pandilla de amigos”, que de noche sale a embadurnar paredes soñando con la conquista del Estado o, más modestamente, con partir cabezas de enemigos imaginarios, y los grupúsculos con pocos pero muy radicalizados miembros hasta el primer partido de Francia por el número de militantes y por su activismo, *Le Rassemblement National*, cuya lideresa, Marine Le Pen, ha disputado dos veces, en 2017 y 2022, la segunda vuelta de las elecciones a la presidencia de más prestigio y con más poder de Europa.

El nombre de ultraderecha es el generalmente admitido, justo es decir que no por todos los que son sus merecedores, los hay que no se consideran ultraderechistas y algunos ni siquiera de derechas, pretenden que son únicamente patriotas, aunque, por supuesto, lo frecuente es que los más hagan gala de su condición de ultraderechistas y muchos se pavoneen exhibiendo una parafernalia de banderas y símbolos.

Vayamos por partes, el nombre no hace la cosa, a menudo enturbia su percepción y confunde al observador. Detengámonos pues en la observación de la “cosa”. La constituyen ideas de derecha, ideológicas, esto es, no pensadas, solo recibidas, asumidas y convertidas en creencias.

Casi todo el mundo convendrá que las ideas de la ultraderecha no son ideas de izquierda, antes bien, se contraponen a las de la izquierda, en definitiva, son ideas de derecha, lo que quiere decir, simple y llanamente, que son ideas de la derecha y que las diversas derechas nacionales las comparten con mayor o menor convicción y entusiasmo.

La ultraderecha no es un “tercer género” a añadir a los géneros clásicos de derecha e izquierda, es una derecha radical en determinadas materias y en otras se solapa con la derecha conservadora. Esta ubicación de la ultraderecha en la familia de las derechas es fundamental para la correcta interpretación del fenómeno y también para comprender, que no excusar, las ambigüedades ideológicas y las incomodidades políticas de ciertas derechas poco sólidas en sus convicciones conservadoras frente a la ultraderecha o, al contrario, aplaudir la firmeza de alguna derecha resistiéndose a la equiparación con la ultraderecha.

El ideario habitual de la ultraderecha, salvo en su versión más extremista, tiene fronteras poco definidas, está abierto a la incorporación de nuevas ideas y de nuevas lecturas de éstas y también a que se abandonen junto con lo viejo, si ya no resultan políticamente rentables, y admite matizaciones en función del marco nacional y de las coyunturas.

Por todo eso, el ideario ultraderechista puede ser compartido por derechas de toda la vida, salvando las apariencias, que con frecuencia es lo que más les importa, y, a la inversa, las ideas tradicionales de la derecha se hallan subsumidas en dicho ideario, de manera que la derecha ve sus propias ideas en el espejo deformante de la ultraderecha y, a su vez, ésta las entresaca, radicalizándolas, de las de la derecha, con lo que cabe hablar de un circuito cerrado ideológico de las derechas.

La desigualdad

A guisa de muestra, tomemos la idea de la “desigualdad”, una idea-madre, muy cara a los ultraderechistas, también definitoria de su particular pensamiento, e implícita, si bien inconfesadamente y ocultada, en el pensamiento genérico de la derecha-, una idea con muchas derivadas y variadas aplicaciones políticas y sociales.

Los ultraderechistas consideran la desigualdad una idea natural porque –dicen– dimana de la naturaleza de las cosas, y en este supuesto incluyen los individuos, divididos en poseedores y desposeídos de bienes, sean de producción o de consumo como la vivienda, y la división trae como resultado, también natural, la existencia –inexorable, pretenden– de ricos y de pobres en distintos grados, de pobres de solemnidad a ricos de escándalo en el sentido evangélico: las colas del hambre en las sociedades opulentas, la supervivencia con menos de dos euros al día en regiones del África Subsahariana, los mega yates de más de 100 metros de eslora de los oligarcas rusos o el lanzamiento (pifiado) del cohete-capricho de 10.000 millones de dólares de Elon Musk.

La idea de la desigualdad tiene un haz de aplicaciones, separa social y culturalmente los individuos por etnias, sobre todo los negros de los blancos, por religiones, los judíos y los musulmanes de los cristianos, sean creyentes o no unos y otros, por género, las mujeres de los hombres y, no hace falta decir, por riqueza, los pobres de los pudientes.

Toda la insistencia de Vox en la igualdad de los españoles, así como la de las otras ultraderechas respecto a sus nacionales, se asienta en la “desigualdad” al discriminar a los individuos por razón de la nacionalidad, estableciendo preferencias y exclusiones en favor de los españoles.

Recuérdese aquella fabulación de los nazis, que fueron una ultraderecha ultra y, finalmente, criminal: “Un cochero alemán vale más que un príncipe de otra raza”. Parafraseándola, sería extrapolable a otras comparaciones igualmente infundadas, por ejemplo: “Un barrendero español, italiano, griego, etc. vale más que una patera llena de inmigrantes”. Semejante inhumana suposición no impide su creencia, inconfesada o no.

La desigualdad es una idea tan flexible, fluida y sutil que la derecha conservadora no tiene reparo en aplicarla, eso sí, con dosis de fariseísmo por la dichosa corrección política, y, además, la aplica con discreción, a veces con tanta discreción que los destinatarios afectados ni la notan, pero los margina. En la extrema derecha la conciben y la aplican, sin manías, de manera extremada, llegando a la brutalidad, si hace falta en la línea de “que se jodan” los que no sean españoles blancos, alemanes, franceses, italianos blancos, etc. en el respectivo país.

Las manifestaciones de supremacismo, tan frecuentes en la actuación de la ultraderecha, no son otra cosa que desigualdad aplicada. La derecha no rehúye el supremacismo, pero más refinada lo ejerce en forma de condescendiente superioridad moral, aunque esté enfangada en prácticas como la corrupción, el nepotismo, la fuga de capitales...

La diferencia en torno a la aplicación de la desigualdad entre la derecha tradicional y la extrema derecha es pues de grado y de oportunidad. La ultraderecha en el gobierno hará políticas de desigualdad, la derecha en igual circunstancia tal vez no haga políticas de desigualdad, pero no hará políticas de corrección de las desigualdades existentes. El resultado acaba siendo el mismo, porque sin corrección la desigualdad se incrementa acumulativamente. Y aun otra diferencia: la derecha respeta (no siempre) las formas, muy importantes en democracia, le basta con interpretar hábilmente el procedimiento, la ultraderecha se salta las formas y violenta el procedimiento, si hace falta, sin pisar el Código Penal, que eso trae consecuencias.

En el fondo, la idea de desigualdad impregna el ideario “familiar” de las derechas, y esa idea implícitamente ha sustentado el dominio ideológico, político y práctico de la derecha conservadora a lo largo de su historia.

A sensu contrario, la idea de igualdad –idea propia de la izquierda desde la Revolución francesa de 1789, recuérdese el lugar central de la igualdad en la triada “Liberté, Égalité, Fraternité”– y las políticas de igualdad de la izquierda excitan a la ultraderecha que embiste contra ellas, y, como mínimo, incomodan a la derecha. El líder del PP, Alberto Núñez Feijóo, tiene anunciado que, si gobierna, suprimirá el Ministerio de Igualdad y derogará o modificará las leyes sociales que son una conquista de libertad e igualdad; toda una declaración de principios. Y en los municipios en cuyo gobierno participa Vox ya han sido suprimidas las concejalías de Igualdad.

El rechazo de la inmigración

Las ideas ideológicas vienen de lejos, algunas de muy lejos, se incuban durante años, algunas durante siglos. La idea (ideológica) del racismo blanco —es ultra ideológica porque no tiene ninguna base científica, la especie humana es una y todos sus miembros son biológicamente iguales, ni Ernst Kretschmer, médico neurólogo alemán, Premio Nobel de Medicina (1929), de ideología derechista, habiéndolas buscado no pudo encontrar diferencias entre los humanos más allá de las morfológicas— es una vieja, secular idea de aplicaciones sucesivas o simultáneas al judío, al indio americano, al indígena, al diferente, con la que ahora se rechaza al negro y al musulmán, tenidos por inferiores, y globalmente a la inmigración, pobre e inculta, que llega para “desplazar” al nacional.

Cada país ha tenido su particular experiencia de racismo, el antijudaísmo ha sido la más generalizada y ha constituido la máxima expresión de racismo en Europa y en Rusia de donde procede la palabra pogromo: la violencia desatada de aniquilamiento de comunidades judías. El asalto repetido a las juderías y los pogromos han ensangrentado la historia europea hasta llegar a la absoluta inhumanidad de Auschwitz, cuya existencia borró todo rastro de civilización en quienes lo concibieron y ha marcado nuestra “humana conditio” por generaciones en la sentida expresión de Norbert Elias, alemán y judío.

El racismo que se desarrolló como creencia y como sentimiento de superioridad frente al judío, se ha aplicado por los blancos -hoy por la ultraderecha- a todas las categorías de individuos no blancos y, muy especialmente, al negro africano.

En España la experiencia histórica del racismo ha sido muy particular, ningún otro país se le puede comparar, salvo Portugal por compartir el espacio peninsular y con éste vicisitudes de la historia de Iberia.

A raíz de un episodio concreto de insultos racistas en mayo de 2023, muy difundido por los medios de comunicación social por haber afectado a un futbolista de élite, mientras que menudeados cuchicheos de “negro de mierda” no figuran en ninguna hemeroteca, nos estamos interrogando si España es o no es un país racista.

Los cosmólogos explican que llega hasta nosotros a través del espacio y del tiempo el eco del Big Bang. Ocurre lo mismo con ciertos ecos de la historia, y de la Historia de España nos llega el eco de unos cuantos macro episodios que hoy serían considerados racismo violento, pero que cuando acontecieron fueron percibidos por los contemporáneos como hazañas heroicas y gestas transcendentales.

Para empezar, eso que denominamos –algunos historiadores opinan que impropriamente– “reconquista”, que duró siglos, se basaba por encima de todo en un enfrentamiento religioso entre cristianos y musulmanes, con fases y lugares de coexistencia, que dejó un eco anti musulmán, incrementado su volumen por la conquista del reino nazarí de Granada (1492) –conquista que culminaba un supuesto “destino histórico” de los reinos cristianos de la península–, por el aplastamiento de la rebelión morisca de La Alpujarra (1568-1571) y, finalmente, por la expulsión de los moriscos de toda España (1609-1613). Unos 250.000 tuvieron que partir con solo lo puesto.

Antes, había tenido lugar la expulsión de los judíos –del orden de los 100.000– decretada por los Reyes Católicos en marzo de 1492 dándoles de tiempo hasta finales de julio para abandonar sus reinos, precedida, como en el resto de Europa, por los asaltos a las juderías, sobre todo en el siglo XIV –en 1391 fueron arrasados sin piedad los *calls* de las ciudades del principado de Cataluña–

Ambas expulsiones fueron precedentes de “limpieza étnica”, pero no fueron ni más masivas ni más crueles que otras limpiezas étnicas en la vieja Europa, basta recordar la expulsión a partir de 1685 de unos 200.000 hugonotes de Francia.

El eco de aquel pasado que se quiso forjador de una identidad española de homogeneidad cristiana católica, de pureza de sangre, de orgullo étnico sentido incluso por los más pobres, de rechazo de la heterodoxia cultural, todavía lo percibimos, amplificado por el repetidor de los manuales escolares de historia a lo largo de generaciones.

España ha sido un país racista en todos sus territorios con la bendición de la Iglesia y la participación de todas las elites y de las clases populares, con la agravante de haberse tenido las aplicaciones de aquel racismo por gestas, y el eco de tanto racismo histórico se ha interiorizado inconfesadamente y se notaría más, si no fuera por el amortiguador de una remarcable evolución social, democrática en política y liberal en costumbres en el marco de una Constitución avanzada. Y, no obstante, el musulmán de ayer es el moro de hoy y el negro ocupa el lugar del judío de antaño, en parte rehabilitado, incluso admirado, por la sorprendente con-

servación de las costumbres hispanas y de la lengua castellana de los sefarditas, que se llevaron las llaves de sus casas y la nostalgia de las tierras y la cultura españolas.

Ninguna ultraderecha europea lo tiene tan fácil como Vox para despertar un racismo antiinmigración de “moros y negros”, que es el básico.

De todas maneras, que tire la primera piedra quien no haya sentido nunca cerca o distante el aliento del racismo.

Ahora bien, combatir el rechazo racista y xenófobo de los ultraderechistas es no solo una exigencia ética también es una obligación cultural y política de los demócratas, que no deberían haber dejado la exclusiva de la cuestión social de la inmigración a la ultraderecha. Su interpretación y respuesta serán siempre las mismas: racismo, xenofobia, supremacismo y rechazo.

Hay mucho de qué hablar sobre la inmigración y hasta ahora está hablando casi solo la ultraderecha, que presenta la inmigración como un hecho insólito, una amenaza sobrevenida. No es así. La migración, el desplazamiento de individuos de un lugar para instalarse en otro, ha sido una constante en la historia de la Humanidad desde antes del Paleolítico. Sin la migración por nomadismo no se habría poblado la Tierra. La migración deviene emigración e inmigración cuando se implantan las fronteras, primero religiosas, después políticas, para separar territorios acotados con poblaciones asentadas que los consideran propios.

Europa ha sido un continente de emigración. Millones de europeos: españoles, ingleses, suecos, irlandeses, italianos, alemanes, polacos... emigraron a América. Hoy es un continente de inmigración. A lo largo de la historia, la emigración ha sido un movimiento frecuente de individuos en una dirección u otra, ordenado o dramático, no algo insólito, ni ha sido percibida como una amenaza, aunque a partir de determinado momento los países receptores la han regulado, limitándola, estableciendo cupos y la selección de inmigrantes por procedencias, formación u otro criterio.

Otra cosa es el asilo político, siempre dramático, con el que la emigración es a veces confundida o ésta se mimetiza en aquél. En las oleadas de sirios que llegaron a Alemania en 2015 y pudieron entrar gracias al coraje moral y político de Angela Merkel había paquistaníes, libaneses, afganos, bosnios, kosovares y otros.

Pocos líderes ultraderechistas distinguen entre los que buscan asilo y los inmigrantes. Lo hace, al menos de boquilla, Georgia Meloni, la líder de *Fratelli d'Italia*:

“Podemos acoger a los que huyen de los conflictos, pero no todos los migrantes económicos” (Video para el mitin de Santiago Abascal en Valencia el 13 de julio de 2023).

Pese al estado de necesidad material de los inmigrantes, la justificación de su emigración y sus denuncias de la mala acogida -no siempre- en las sociedades de llegada, son opinables. Los inmigrantes traen un relato emotivo, el de su “estado de necesidad” y el del anhelo de un “mundo mejor”.

El “estado de necesidad” de la gran mayoría no ofrece ninguna duda y esa búsqueda que alegan de “un mundo mejor” es comprensible, la aspiración a un mundo mejor es general, muy deseada y merecida por los más necesitados, incluidos los de las sociedades opulentas de riqueza mal repartida. ¿Acaso los 3,65 millones de personas residentes en España que en junio de 2023 se hallaban en situación de carencia material y social severa no desean un mundo mejor, si bien sus condiciones sean muchísimo menos desfavorables y dramáticas que, por ejemplo, las de más del 50% de la población senegalesa de 12,7 millones de habitantes en profundo “estado de necesidad”?

En primer lugar, el obligado a proporcionar ese mundo mejor es el país del necesitado emigrante, cuyos dirigentes y funcionarios son culpables, por su incompetencia o por la rapiña de los recursos del país y con frecuencia por ambas cosas a la vez, del estado de necesidad de tantos de sus compatriotas.

No existe un derecho positivo o moral a emigrar. Las Naciones Unidas no han regulado específicamente la emigración. El 10 de diciembre de 2018 bajo sus auspicios se adoptó el “Pacto Mundial para una Migración Segura, Ordenada y Regular”. Se trata de un acuerdo intergubernamental que no es legalmente vinculante y que respeta la soberanía de los Estados para gestionar sus fronteras y sus políticas migratorias. Es una declaración de principios y propósitos del moralismo onusiano, que, ciertamente, debería contribuir al reconocimiento de la contribución positiva de los migrantes al desarrollo sostenible y al trato humano de los migrantes con independencia de su estatus legal.

Existen unas necesidades materiales que tienen que ser atendidas y pueden serlo, sin tener que emigrar, con cambios políticos y estructurales dentro del país y con ayuda de fuera. La Unión Europea que es, junto con Estados Unidos, el destino preferido de la emigración de masas trata de promover la solución del estado de necesidad en el lugar donde se crea. Y ésta es la finalidad de los programas de ayuda al desarrollo, de cooperación y de asistencia humanitaria de la Unión, que

es el primer donante mundial, cuyos fondos solo llegan en parte a su destino y a cumplir su objetivo por una nefasta combinación de negligencia y de corrupción en el tramo final.

Pero esa política es mal interpretada desde sectores varios, incluidos algunos de la izquierda, que la consideran una compra de voluntades para proteger las fronteras del espacio comunitario, hasta, por supuesto, la ultraderecha que solo está por la “preferencia nacional” y que suprimiría toda ayuda exterior; además, no quiere verse privada del aprovechamiento ideológico de las dificultades en origen de los emigrantes, interpretadas desde su racismo –“son incapaces de organizar su propio país”, dicen–, y en consecuencia de su rechazo de los inmigrantes, sin eso perdería el tema central de su permanente campaña de agitación.

La ultraderecha denuncia el “efecto llamada”, que pretenden que produce el trato humanitario al inmigrante irregular que consigue poner pie en tierra europea, el trato que le dispensarían ellos sería la expulsión “en caliente”. En cuanto a los inmigrantes instalados nunca dice claramente lo que haría con ellos, además de hacer la vida imposible a los no nacionalizados, y mirar de reojo con desconfianza a los nacionalizados. Y atemoriza a la calle con una Europa de “puertas abiertas” –Santiago Abascal imitando a Georgia Meloni, utiliza la expresión “fronteras abiertas”– en la que se volcaría África entera, destruyendo nuestros sistemas sociales. Alguna imprudente propuesta desde cierta izquierda naif o desde un buenismo humanitario dan pie a la verosimilitud de las consecuencias destructivas, si no de un “puertas abiertas”, al menos de un “puertas entornadas” de Europa.

La inmigración es gravosa, cuesta dinero –mientras que los beneficios de la inmigración se los llevan los que compran su trabajo a bajo precio o le venden su consumo–, hay que acogerla, darle habitación, empleo y los servicios fundamentales de sanidad y educación, sean escuelas o formación profesional. La ultraderecha denuncia este coste y lo suprime o reduce donde gobierna o amenaza con hacerlo cuando pueda. Como muestra, la intención de Marine Le Pen, si llegara a la presidencia de Francia, de convocar un referéndum sobre la inmigración y la “preferencia nacional”: los franceses tendrían prioridad sobre los inmigrantes no nacionalizados para la vivienda y el puesto de trabajo. Compartan todos o no este propósito de radical exclusión, en la segunda vuelta de las últimas presidenciales el 24 de abril de 2022 votaron a Marine Le Pen 13.297.728 franceses.

Vox también convocaría un referéndum en aplicación del artículo 92 de la Constitución para “consultar a los españoles sobre las políticas migratorias y la expulsión de inmigrantes ilegales”.

Los inmigrantes crean problemas por las necesidades derivadas de su acogida y por las dificultades de su adaptación, mientras que los beneficios de sus aportaciones quedan difuminados o negados por la ultraderecha. Inmigrar no es cambiar de país y continuar viviendo inmerso en la cultura propia, es adoptar las diferencias del lugar de acogida, solo así se es inmigrante, sino se es solo transeúnte, dando entonces razones para el rechazo ideológico de la ultraderecha.

A partir de determinado número, los inmigrantes afectan los equilibrios sociales y políticos de los lugares donde se instalan, negarlo solo beneficia a la ultraderecha que será percibida como la sola formación política que se ocupa del problema, cuando en realidad solo habla demagógicamente del problema.

Ya algunas ciudades europeas, sobre todo en Alemania, desbordada por el “To Germany” (¡A Alemania!) que se escucha en cada oleada de refugiados, se encuentran al límite de la capacidad de acogida de una inmigración que se va guetizando o que se la guetiza, así es en Luwigshafen, Mannheim, Colonia, Essen, Stuttgart, Hamburgo o Berlín.

Los emigrantes han padecido su desgraciada suerte en carne viva, pero las actuales sociedades receptoras no son culpables de ello. Han pasado ya tres y cuatro generaciones desde que los explotadores europeos fueron echados de las colonias y sustituidos por las elites locales de los movimientos de independencia, que han explotado directamente a sus compatriotas o se han vendido a las multinacionales occidentales y a las empresas chinas.

La integración de los inmigrantes en la sociedad, de llegada para ellos, de acogida para los autóctonos, es una tarea que requiere una doble confluencia de voluntades: la de los que reciben poniendo la aceptación humana del inmigrante y los recursos económicos y los medios materiales, y la del emigrante adoptando los valores, el idioma, las leyes y las reglas del lugar. Si falla una, la otra o las dos, la integración no se produce ni con el paso de las generaciones. En Francia, los virulentos estallidos de violencia de miles de jóvenes franceses de familias de origen inmigrante en octubre de 2005 y en junio de 2023, habiendo sido el detonante una actuación policial injustificable en ambos casos con el resultado de la muerte de jóvenes de ese origen, evidencian la profunda problemática de la integración inacabada. Situaciones que aprovecha la ultraderecha para concluir que la integración es imposible.

La interpretación de que, aunque países soberanos, los países de los emigrantes siguen colonizados por las empresas extranjeras, a modo de justificación de la

emigración, es opinable después de décadas de independencia en las que sus elites no hicieron nada para sacudirse esa colonización. Lo que Barack Obama dijo en Kenia en su visita oficial de 2015: “No os quejéis tanto después de 50 años de independencia”, es válido para otros países africanos, algunos incluso con independencias más antiguas como las de Ghana o Senegal.

Constatar todo eso no es contagiarse de la ideología antiinmigración de la ultraderecha, es un ejercicio de clarificación objetiva del estado de la cuestión.

La derecha es sumamente ambigua respecto a la inmigración, por un lado, también la rechaza por razones ideológicas, que incluyen las estéticas, –la inmigración “molesta” según dónde y según a quién, aunque las clases altas no se rozan con ella, protegidas en sus barrios y urbanizaciones, que, en el fondo, son guetos de lujo– y, por el otro, le da la bienvenida puesto que el inmigrante significa más consumo, aunque sea un consumo pobre, luego más producción (o más importación de China), más crecimiento, más negocio, más beneficios, pero, principalmente, es mano de obra poco exigente de sus derechos laborales por las circunstancias personales que debilitan su resistencia a la explotación, y que, por eso mismo, contiene el aumento de los salarios en determinados sectores de la producción.

El relato de la derecha empresarial, bastante extendido, de que por las tendencias demográficas en Europa: baja natalidad –huecos pues en la reproducción de la clase trabajadora– y alta longevidad –aumento de los servicios asistenciales trayendo trabajadores de otros servicios–, se necesitan inmigrantes para asegurar el crecimiento y la competitividad tiene su contradicción principal en el paro existente que con mayor o menor número de desocupados padecen todas las sociedades y economías europeas y que por encima del 5% deja de ser “paro técnico”. En España, con 2.688.842 parados registrados en junio de 2023, una tasa de desempleo del 12,7%, habría que añadir algún argumento más al simple relato de la necesidad de inmigrantes como mano de obra, no dejarlo en una afirmación tautológica: falta gente –¿dónde?, ¿cuánta y para qué trabajos?, hay que recibirla pues de fuera– ¿de dónde?, ¿quiénes y cuántos? Si el rechazo de Vox no fuera tan ideológico tendría ahí una mina argumental.

Las derechas, la conservadora y la extrema, distorsionan el debate sobre la inmigración, hasta el punto de que quien se atreva a iniciarlo, será tildado de las lindezas habituales: xenófobo, racista, fascista..., y acusado de seguidismo de las ideas de la ultraderecha, incluso por las mismas derechas.

Si no se habla de la inmigración desde la racionalidad, los principios democráticos

y el respeto de los derechos fundamentales, se deja el problema a los pies de la ultraderecha, que no propone soluciones practicables, sino meras descripciones de hechos problemáticos, ciertos o inventados, intencionadamente deformadoras, llegando al tremendismo, para que resulten inquietantes. Para la ultraderecha la única solución definitiva sería la expulsión del inmigrante irregular y la imposición de drásticas condiciones a los inmigrantes que se quedaran.

Ha calado tanto y tan transversalmente la ideología ultraderechista del rechazo de la inmigración, que se han dado casos de candidatos de la ultraderecha que con un discurso antiinmigración han resultado los más votados en circunscripciones donde no había ni un solo inmigrante.

El antifeminismo ultraderechista

¿Puede ser antifeminista la ultraderecha que cuenta entre sus más destacados líderes a Marine Le Pen y a Georgia Meloni? Pues sí. La ultraderecha es un movimiento reaccionario de hombres blancos, que puede ser dirigido por mujeres blancas y que puede contar con militantes negros y mulatos, Donald Trump tiene fervientes seguidores afroamericanos. La alienación ideológica conlleva también la auto sumisión, que es la más eficaz sumisión al “otro”. Además, los dos grandes ejes ideológicos del ultraderechismo: la desigualdad y el rechazo del presente la abocan al antifeminismo militante.

El feminismo entendido como la exigencia de la igualdad social de hombre y mujer es hoy la más importante revolución cultural y social en marcha; en el fondo, es la única capaz de mover las líneas, porque es universal y tiene como potenciales actores a la mitad de la Humanidad.

Una igualdad social en el sentido más amplio y pleno. Los ultraderechistas la rechazan por varias razones, una precisamente de género al confundirla, por ignorancia o mala fe, con la imposible igualdad fisiológica. La diferenciación fisiológica entre mujeres y hombres, lo que se conoce como dimorfismo sexual, no empece la igualdad social, al contrario, le aporta la enriquecedora duplicidad de la especie humana.

La liberación de la mujer de las trabas históricas impuestas por la dominación cultural y social del hombre provocará cambios en todos los dominios: en la producción, en el consumo, en la demografía, en el cambio climático, en la vida humana y en el planeta, en suma. Algunos cambios ya son perceptibles: la presencia de la mujer es cada vez más evidente en la esfera social, hasta en sociedades atrasadas, otros lo serán a largo plazo, pero llegarán, en la demografía, seguro. Que las mujeres de las regiones con los más elevados índices de crecimiento demográfico –y también de pobreza–, del África Subsahariana, Egipto, Etiopía, la India, Pakistán, Filipinas, Centroamérica, puedan decidir no ya sobre la maternidad sino sobre las relaciones sexuales –para ellas nuestro “solo sí es sí” es un derecho más que inalcanzable, inimaginable– será la más justa, racional y efectiva contención del crecimiento de la población mundial.

Si la ultraderecha aceptara esta revolución en curso dejaría de ser ultraderecha.

Que mujeres se rechacen a sí mismas, inconscientemente o de forma implícita al adoptar la ideología masculina, no debería extrañar, es el resultado del poso cultural de siglos de dominación del hombre en todos los órdenes. Por eso tampoco debería extrañar que Macarena Olana, combativa dirigente de Vox en la campaña de las elecciones andaluzas de junio de 2022, compartiera la creencia de que no hay violencia de género contra la mujer, y que cuando no se puede negar porque una mujer más ha sido asesinada por un hombre con el que mantenía una relación de pareja –49 fueron así asesinadas en 2022–, entonces a esa violencia se la llama “intrafamiliar” o “doméstica”, como hacía Olana en nombre de Vox, aunque no exista ningún lazo o ámbito familiar entre el asesino y su víctima.

La negación por Vox de la violencia de género con más contundencia que las otras ultraderechas europeas, reduciéndola a violencia común lo enfrenta frontalmente con el movimiento feminista, que hace de la violencia de género su bandera. Vox está atascado ante el movimiento feminista, no encuentra ni una mínima coherencia dialéctica en su rechazo, probablemente le da lo mismo llevado por su machismo cultural.

En el resto de Europa también abundan los feminicidios, incluso en algunos países más que en España. La comparación entre países resulta confusa por las distintas maneras de contabilizar los asesinatos según las circunstancias. En 2018 se dispuso de una primera homologación elaborada por el Instituto Europeo de Igualdad de Género y se contabilizaron 53 feminicidios en España, 54 en Austria, 74 en Italia, 121 en Francia, 122 en Alemania. La generalización de la violencia del hombre contra la mujer en parecidas circunstancias es la mejor prueba del carácter de violencia de género.

Los orígenes de la dominación masculina se remontan al pasado más remoto. La vigencia de esa dominación, sacralizada por las religiones monoteístas de un Dios varón, sancionada por la costumbre y el derecho, cristalizada ideológica y culturalmente, transpuesta a las condiciones materiales de vida, ha llegado hasta nuestros días, solo ahora empieza a retroceder a golpes de feminismo. Y la ultraderecha quiere parar el retroceso del privilegiado estatus masculino, incluso revertir el retroceso.

Friedrich Engels explica la formación de esa dominación en “El origen de la familia, la propiedad y el Estado” (1884). La división del trabajo en el primitivo grupo humano asignó al hombre, en la mayoría de los grupos, la tarea de procurar los alimen-

tos y a la mujer la de cuidar de la prole. Amamantar a los hijos solo podía hacerlo ella. El hombre fue acumulando poder al crear y hacer suyos los instrumentos con los que obtenía los alimentos, como cazador, recolector o agricultor, instrumentos y medios que, considerados como “suyos”, devinieron “bienes” y poco a poco fueron “titularizados como propiedad” del hombre y transmitidos como tales.

A más “bienes” del hombre más relegación de la mujer -que no los poseía- a una posición subalterna primero, de sumisión después, de equiparación a un “bien”, finalmente. Engels termina el desarrollo de esta interpretación con un aserto de una inquietante actualidad: “Cuando el hombre mata a la mujer, no hace más que ejercer su derecho”, sobre un “bien propio”.

A partir de ese origen, siglos de consolidación de los diferenciados roles sociales han llevado a la formación de un “carácter” masculino de posición superior y de posesión moral y física de la mujer. Y, como consecuencia y en paralelo, a la inferioridad cultural de la mujer y a su arrumbamiento social. Viola Klein lo explica magistralmente en “El carácter femenino. Historia de una ideología”, obra temprana (1946) de análisis y denuncia de la formación de un carácter femenino por sumisión.

Que la mitad de la Humanidad sea socialmente inferior a la otra mitad, no tiene ningún fundamento, aunque tenga siglos de antigüedad. Es, simplemente, una creencia (in)humana, puesto que la especie humana es “una”. Además, constituye un mega gigantesco despilfarro (y necio) de energías y de capacidades intelectuales. La Humanidad sería otra, mucho más rica y evolucionada, sin esta división y despilfarro seculares. Hemos perdido milenios de aportación femenina a la Humanidad.

Hoy día, la igualdad social de la mujer es perfectamente alcanzable en las condiciones materiales de nuestras sociedades y lo que lo impide o dificulta es de base principalmente ideológico-cultural, además de la reacción de los que temen el fin de la era masculina, la ultraderecha al frente de estos.

En general, mucho se ha avanzado en Occidente en la igualdad –no tanto como la evolución del conocimiento permitiría–, pero queda casi todo por hacer en otras regiones religiosas y culturales, en particular en el mundo islámico, donde la mujer apenas ha salido del estadio primitivo. Considerar un avance extraordinario que alguna mujer pueda conducir un coche en Riad o asistir, acompañada por un hombre, a un partido de fútbol en Doha, da cuenta de la persistente sumisión imperante allá.

Y una paradoja –con frecuencia los extremos se tocan–, la ultraderecha que desde el supremacismo del blanco occidental tanto desprecia al musulmán –en España al moro–, está como nadie cercana a él: coinciden en la contención de la mujer. Cada uno en un contexto dado, el musulmán en la tradición de la sumisión coránica de la mujer, la ultraderecha europea oponiéndose al feminismo para mantener la tradición cristiana de sumisión de la mujer.

El negacionismo respecto al cambio climático

La ultraderecha considera un cuento el calentamiento global del planeta y su traducción en un cambio climático de consecuencias catastróficas. La frivolidad de la negación la muestra la simpleza de un argumento del expresidente Donald Trump, icono de la ultraderecha, un día de una fuerte nevada en Nueva York en diciembre de 2020 tuiteó: “Como va a hacer tanto calor, si hay tanta nieve”, frivolidad emulada por un diputado de Vox en el debate de la Ley de Cambio Climático y Transición Energética en mayo de 2021: “si se calienta un poquito el planeta reducirá muertes por frío”. Pues bien, a ese nivel de frivolidad se sitúa el negacionismo de la ultraderecha respecto al cambio climático.

Vox pone las izquierdas, siempre sospechosas de implicación en todo lo que rechaza, los medioambientalistas, los ecologistas, los verdes y todos los que se inquietan por el estado de la naturaleza en el saco de la “dictadura progre”. Es decir, todo se reduciría a una imposición de izquierdistas y emparentados para crear un alarmismo con fines electorales que beneficiara a las candidaturas de las izquierdas, los verdes, los liberales y la derecha entregada al progresismo. Una interpretación próxima al conspiracionismo.

Después de los informes de evaluación, exhaustivos y globales, del Grupo Internacional de Expertos sobre el Cambio Climático (el IPCC), que comenzó sus trabajos en 1988, que actualmente cuenta con 195 países Miembros, que reúne las aportaciones de miles de científicos de todo el mundo, que ha dejado claramente establecido con datos que no han sido refutados que el factor humano es el causante del aumento medio de la temperatura planetaria desde el inicio de la era industrial hasta hoy por el incremento de los gases de efecto invernadero, negar la causa antropogénica en el cambio climático, e incluso la existencia misma del cambio climático, resulta difícil de comprender a nivel individual con la información que proporciona la sociedad mejor informada de la historia. Pero, todavía resulta mucho más incomprensible por parte de un movimiento político que se quiere serio, que se supone que cuenta con militantes o simpatizantes de un cierto nivel de formación e información y con vocación de gobierno.

La única explicación del negacionismo ultraderechista del cambio climático se encuentra en el carácter reaccionario de la ultraderecha, que rechaza en bloque el presente en lo que tiene de evolución rompedora con el pasado: las políticas de igualdad y de redistribución del excedente social –la *Egalité y Fraternité*–, más los efectos incontrolados del presente, la inmigración, y los incontrolables, en los que se situaría el cambio climático, tanto su existencia como las consecuencias que se le atribuyen.

La ultraderecha se postula para la contención de ese presente, que tanto inquieta por su complejidad, y para su reversión a un pasado supuestamente mejor, mediante un ejercicio de exorcismo basado fundamentalmente en el rechazo, rechazándolos, los problemas dejarán de existir. Negándolo, el cambio climático no existiría y el calentamiento global dejaría de aumentar. El simplismo de los rechazos del pensamiento ultraderechista incapacita la ultraderecha para hacer propuestas resolutorias de los grandes problemas.

Vox no aporta ningún argumento que trate de invalidar las conclusiones del IPCC, ni siquiera las desprecia, simplemente las ignora, siendo las evidencias tan aplastantes –basta tomar la subida del nivel del mar por el derretimiento de los milenarios hielos terrestres y oceánicos que solo lo explica el aumento de la temperatura media del planeta– se refugian en el silencio técnico y en el rechazo ideológico de lo que llaman la “religión climática del IPCC” y el “fanatismo climático de la izquierda”.

Consecuente con su rechazo del cambio climático, Vox pretende que España abandone el Acuerdo de París, en vigor desde el 4 de noviembre de 2016, cuyo objetivo es que la temperatura media global del planeta no supere los 2 grados centígrados respecto a los niveles preindustriales y busca, además, promover esfuerzos adicionales que hagan posible que el calentamiento no rebase los 1,5 grados. Vox quería imitar a Donald Trump que el 14 junio de 2017 anunció que EE. UU. se retiraría del Acuerdo de París, Joe Biden los reincorporó al Acuerdo por decisión del 20 de enero de 2021. Además, Vox procedería a la derogación “inmediata” de la Ley de Cambio Climático y Transición Ecológica, que propone que España alcance antes de 2050 la neutralidad climática.

Hay que tener mucho desparpajo ideológico para tanto rechazo sin un mínimo de fundamentación. La peligrosidad de su negacionismo simplón reside en el hecho de alimentar el negacionismo individual en general y en particular el de los votantes de Vox.

No todas las ultraderechas son tan cerriles o cerradas en esta materia. La AFD no niega el cambio climático, lo relativiza, afirmando que se ralentizan sus efectos –interpretación inverosímil dado que, al contrario de lo que dicen, el cambio climático se acelera– y discutiendo la eficacia de las medidas de contención del aumento de la temperatura y las de mitigación de los efectos del aumento.

En la sociedad alemana, con activistas verdes desde hace tiempo, la consciencia climática está extendida y es elevada, con lo que el negacionismo total no resulta creíble allí y explica la relativa ambigüedad de la AFD. Vox aprovecha la baja consciencia medioambiental en la sociedad española para meter el cambio climático en el paquete de sus rechazos, de manera que Vox puede presentarse como el partido más novedoso, más anti-establishment –el cambio climático es mayoritariamente reconocido en la esfera pública y, en general, por las elites ilustradas–, lo más in en rupturismo hacia atrás, hay seguidores que se dejan seducir por esta suerte de esnobismo.

Entre el euroescepticismo y la eurofobia

El rechazo de la integración política europea por medio de la Unión Europea es otro de los componentes del negacionismo ultraderechista, y se mueve entre el euroescepticismo de los gobiernos de Polonia y Hungría, la ambigüedad del de Italia y el compás de espera de un posicionamiento definitivo en Finlandia, Suecia y Chequia –todos ellos por los temores y necesidades que provoca la guerra de Ucrania ponen algo de sordina en su antieuropeísmo– y la eurofobia de casi todas las ultraderechas en la oposición.

Es un rechazo también cantado porque el nacionalismo extremo es un pilar fundamental de la ultraderecha y cualquier limitación u obstáculo al mismo provoca una reacción ofendida y virulenta de aquella, mientras que la integración económica y política de la Unión consiste solo en la cesión de competencias a ésta, no de soberanía –preservada como se deduce del artículo 4-2 del Tratado de la Unión Europea–. Esta confusión, por ignorancia o inducida, entre cesión de soberanía y transferencia de competencias perjudica la aceptación del proceso de construcción europea, y no solamente por parte de la ultraderecha. También se dan reticencias por el mismo motivo en la izquierda, los liberales y la derecha conservadora.

A más integración, como la de los avances que la crisis de la pandemia y la invasión de Ucrania por Rusia han producido con la cuasi mutualización de la deuda comunitaria para dotar los fondos de recuperación Next Generation EU, las intervenciones del Banco Central Europeo, el protagonismo de la Comisión Europea y la relevancia adquirida por el Alto Representante para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, en la lógica hipernacionalista del ultraderechismo más rechazo de Europa.

De nuevo aparecen las diferencias o matices entre ultraderechas. Ha sido notable el cambio de posición de Marine Le Pen, que en la campaña de las presidenciales francesas de 2017 llegó a proponer la salida del euro y el regreso al franco como primer paso de un insinuado Frexit, la retirada de Francia de la Unión.

Ahora Le Pen se conforma con la contención de la integración europea desde

dentro de la Unión, incluso se especula sobre su intención de aprovechar las potencialidades de la Unión en interés de Francia, algo que ya estaba en el nacional-europeísmo de Charles De Gaulle.

Este aprovechamiento no es descabellado, uno se puede imaginar una Unión derechizada que como potencia económica y militar desarrollara políticas de poder en la esfera internacional, que las más reacias ultraderechas a la integración saben que ya no están al alcance de ningún Estado europeo, pero sueñan con dichas políticas por la nostalgia de la Europa imperial.

En cierta manera, sería la posición de Vox, que no plantea la salida de la Unión, pero la quiere al servicio del ideario de Vox, por ejemplo, que “proponga de inmediato acciones coordinadas dirigidas al cierre de mezquitas fundamentalistas, la expulsión de imanes que propaguen el integrismo, la deportación inmediata y forzosa del inmigrante ilegal”, etc. La fortaleza de Europa se limitaría a garantizar la impermeabilización de las fronteras exteriores, el resto de las acciones deberían ceñirse al marco de la “Europa de las naciones soberanas”, con la recuperación de competencias por los Estados y la reimplantación de la regla de la unanimidad para todo en la Unión Europea residual.

No es éste el proyecto que esboza el Tratado de la Unión en los fundamentos jurídicos, humanistas y solidarios del artículo 2 y en los objetivos ambiciosos del artículo 3. De hecho, Vox propone una reforma radical del Tratado equivalente a una demolición de la construcción europea alcanzada hasta ahora.

De todas maneras, las ultraderechas en el gobierno o a las puertas de él no renuncian a los beneficios de la pertenencia a la Unión, en este momento muy concretados (y substanciosos) en los fondos de recuperación Next Generation EU. Es el caso del gobierno de Georgia Meloni que no duda de que la salvación de Italia de la bancarrota depende del maná de los fondos europeos.

Por otra parte, las ultraderechas, pese a su esforzada propaganda antieuropea, topan con la evidencia de que las opiniones públicas respectivas no son euroescépticas o eurófobas como los dirigentes ultraderechistas. Es así en la mayoría de los países, según la encuesta de opinión del Eurobarómetro, presentada en marzo de 2023, Europa no suspende en ningún país, a pesar de que la suspenden todas las ultraderechas. Y a pesar de las críticas de Vox al “rodillo de Bruselas”, el 76% de los españoles es favorable a la toma de más decisiones a nivel de la Unión y el 84% a que se establezcan políticas comunes europeas en materia de defensa, dos campos especialmente significativos por lo que suponen de acepta-

ción de un federalismo europeo, que Vox rechaza explícitamente en su programa electoral del 23-J (2023).

Puede incluso afirmarse que de los rechazos de la ultraderecha el de Europa es el que menos seguimiento concita, claro que es una materia menos emotiva y polemizada que la inmigración o el feminismo.

En el terreno ideológico las ultraderechas continuarán denigrando a Bruselas y denunciando su intervencionismo en el ámbito estatal, que no es más que la aplicación de los Tratados consentidos y firmados por los Estados. Es una propaganda fácil, porque la Unión no acostumbra a defenderse de manera directa y pública de los ataques y porque nos acercamos a las elecciones al Parlamento Europeo de junio de 2024 y las ultraderechas aspiran a mejorar sus porcentajes de representación.

Por lo demás, las campañas antieuropeas de la ultraderecha son tópicas y bastante uniformes: devolución de la soberanía nacional supuestamente secuestrada por Bruselas y reducción de las aportaciones financieras a la Unión –no las de ésta a los Estados–, porque –dicen– los “tributos” a la Unión se utilizan para cubrir las ayudas a los inmigrantes y subvencionar la competencia de productos agrícolas y artículos producidos en los países de los emigrantes en condiciones de dumping social. Así de burda fue la campaña del Brexit de junio de 2016, pero aquella tosquedad no impidió que ganara el Brexit ni evita la repetición de las mismas falsedades por las ultraderechas del continente. Europa como manso chivo expiatorio lo aguanta todo.

La apropiación de la ley y el orden

Las derechas hacen como si solo ellas pudieran garantizar el cumplimiento de la ley y asegurar el orden, como si las izquierdas fueran reacias a lo uno y a lo otro, hasta equiparar las izquierdas al desorden

No se trata de establecer una comparación sobre cómo la derecha y la izquierda llevan la ley y el orden cuando gobiernan. Objetivamente los gobiernos de España del PSOE, en solitario y en coalición con Unidas Podemos (2020-2023), no tienen en su balance ninguna quiebra de la ley ni del orden, tampoco los del PP. La diferencia reside en las distintas concepciones tanto de la ley como del orden.

Las derechas los entienden como “mano dura contra la delincuencia”, consistente en el endurecimiento de leyes y penas, en eso hace hincapié la ultraderecha, que de ser ciertas sus soflamas sobre la inseguridad imperante, las calles de Europa serían ya un Vietnam.

Algunos sectores radicales de la ultraderecha incluso propugnan el restablecimiento de la pena de muerte, lo cual además de todas las consideraciones éticas y humanistas y ser un retroceso reaccionario a los tiempos más oscuros, vulnera el artículo 2.2 de la Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea: “Nadie podrá ser condenado a la pena de muerte ni ejecutado”. El Estado miembro que implantara o reestableciera la pena de muerte tendría que salir de la Unión.

A la demanda transversal de “ley y orden”, a la que se remite de manera acusada la ultraderecha ofreciendo sus políticas de “mano dura”, se llega azuzando una percepción muy extendida de inseguridad a partir de casos reales de delincuencia, estadísticamente conocidos en las sociedades urbanas de gran complejidad estructural y de composición humana muy diversa.

La “mano dura contra la delincuencia” es selectiva respecto a autores –los inmigrantes se llevan la palma– y a la delincuencia, centrada en los delitos contra la propiedad privada y las personas, relativizando o ignorando la corrupción y los otros delitos contra bienes jurídicos del dominio público.

La “ley y el orden” fundamentales en toda sociedad y en todo momento, en el

sistema de democracia parlamentaria solo pueden ser concebidos la ley como garantía de la seguridad jurídica y el orden como marco para el ejercicio de las libertades, no como la excusa para su limitación. Y es la limitación, precisamente, la pretensión de la ultraderecha que, encima siempre considera que la autoridad no se ejerce con suficiente firmeza, confundiendo el sometimiento a la leyes y reglamentos que regulan la intervención de aquella con debilidad.

El sistema de equilibrio de los poderes, constitucionalizado en los países europeos, permite el control del ejercicio de la autoridad en los casos de abuso de autoridad, ultraderechistas orgánicos o por libre no andan lejos del abuso cuando gobiernan, o de dejación de funciones cuando la autoridad no es ejercida por quien debiera. Habría que ver si ultraderechistas en cargos de autoridad protegen a inmigrantes y persiguen a abusadores de mujeres, si hubiere lugar, como sería su obligación en el marco normativo.

Además de la seguridad en la calle lato sensu, la demanda de “ley y orden” es una característica demanda pendular después de la ruptura del inmovilismo tradicional con leyes novedosas que a muchos cuestan de digerir –la de la eutanasia, las de libertad sexual o la ley “trans” serían representativas de esa dificultad–. Para la ultraderecha el restablecimiento del orden, supuestamente perturbado por las políticas sociales de la izquierda, “la dictadura progre” según Vox, conllevaría la supresión de tales leyes –muerto el perro, se acabó la rabia– y para la derecha como sea que la supresión pura y dura provocaría un amplio descontento, incluso entre muchos de sus votantes tradicionales, se conformaría con “ajustarlas” para desnaturalizarlas.

“Ley y orden” van unidos a la concepción de la organización de la sociedad, y si la modulación es propia de una sociedad evolucionando hacia delante aun con sus contradicciones a cuestas, la “mano (extra) dura” de la ultraderecha retrata el tipo cuasi autoritario y limitativo de libertades que es su propuesta ordinariamente reaccionaria.

Ninguna ultraderecha parece que haya considerado que el “orden” que tanto exigen, y que tienden a limitarlo a “orden público”, cuyo mantenimiento, no obstante, está protegido por la ley, luego sometido a la ley, tendría que referirse también a la regulación de los “desordenes” habituales en el ultraliberalismo económico que defienden, causa de tantas adversas consecuencias sociales y medioambientales.

El cordón sanitario ineficaz

¿Es imparable el ascenso político de la ultraderecha las ideas de la cual se han extendido tanto y son tan compartidas? Se diría que algunas las llevamos dentro, en la sangre, y salen al rascar un poco.

Aunque el interrogante anterior debería ir precedido de otro: ¿Quiénes quieren parar el ascenso de la ultraderecha? Unas hipotéticas respuestas sinceras, sorprenderían. Está claro que la oposición indubitada y frontal a la ultraderecha proviene del amplio espectro de la izquierda, que se acierte o no en la estrategia ya es otro cantar.

En cuanto a la derecha conservadora la ambigüedad es la tónica general. Ciertamente, la derecha sufre por la competencia electoral de la ultraderecha. En España el PP y Vox andan a la greña disputándose el voto de derecha, como ha ocurrido en las elecciones del 23-J (2023). En Francia la derecha tradicional se ha desangrado a favor del partido de Marine Le Pen, y en Italia Georgia Meloni consiguió hacer del voto a su partido un “voto útil” de derecha jibarizando las otras derechas. Ahora bien, se trata de una competencia que solo es posible en un espacio ideológico genéricamente compartido, esa es la verdad que explicaría la debilidad de la derecha del PP, que tan bien retrató Santiago Abascal de Vox con su demoleedor y humillante “derechita cobarde”: “Pensamos lo mismo, vosotros no os atrevéis a llevarlo a la práctica, yo sí”, sería la aseveración implícita en el calificativo lanzado por Abascal.

Durante un tiempo funcionó un llamado “cordón sanitario”. Todos los partidos, incluidos los de la derecha conservadora, se concertaban a fin de que la ultraderecha no detentara cargos de gobierno en las instituciones y, especialmente, que no entrara en los ejecutivos. Esta estrategia de contención ha quebrado o está haciendo agua donde todavía se mantiene a trancas y barrancas como en Francia y en Alemania, donde en junio de 2023 la AFD pudo ganar las elecciones al distrito de Sonneberg en el estado federado de Turingia por la falta de concertación y firmeza opositora de la democracia cristiana, el SPD y la izquierdista Die Linke. La AFD ocupará legítimamente los cargos de las instituciones del distrito

Todavía resuena el golpe de autoridad moral y de coherencia política de la (ex) cancillera alemana Angela Merkel que en febrero de 2020 hizo revocar el nombramiento del primer ministro del Estado federado de Turingia porque había sido elegido con los votos de la ultraderechista AFD, sumados a los de su partido, la CDU. Bien que, probablemente, fuera aquel el canto del cisne del “cordón sanitario”. El sucesor de Merkel al frente de la CDU, Friedrich Merz, pertenece al ala más a la derecha de la democracia cristiana y pese a sus declaraciones oponiéndose a la AFD no se espera de él la firmeza de Merkel hacia una ultraderecha en ascenso que puede resultar imprescindible para conservar el poder en estados federados del este, donde la intención de voto a la AFD supera el 30% y en el conjunto de Alemania llega al 22%, según un sondeo de julio de 2023.

En España, el PP ha abierto generosamente las puertas de los gobiernos municipales y autonómicos a Vox y, si las circunstancias lo requiriesen para alcanzar una mayoría suficiente que le permitiera gobernar le abriría de par en par las puertas del Gobierno central. La distancia que en el terreno ideológico separa la derecha del PP de la ultraderechista Vox es de las más cortas entre derechas y ultraderechas de Europa.

Los avances políticos e institucionales de la ultraderecha son la consecuencia de previos avances electorales, y avanzan porque sus ideas pisan fuerte, atraen, capitalizan descontentos y malestares y les votan, dado que, en muchos casos, el de España incluido, encuentran un terreno ya abonado ideológicamente.

¿Qué está fallando para que la ultraderecha haya llegado tan lejos pese a cordones sanitarios y tenga el poder aparentemente tan a su alcance? La pregunta se la plantean, además de ciudadanos preocupados por el ascenso de la ultraderecha, los estrategas de partidos que la temen electoralmente unos, ideológica y políticamente otros.

En primer lugar, el “cordón sanitario”, al fin y al cabo, un recorte de la libertad política es una contradicción en sociedades abiertas de concepción liberal y marcadamente constitucionalizadas. Un partido ultraderechista, inscrito en el Registro de Partidos Políticos y no ilegalizado, tiene exactamente la misma legitimidad jurídica y los mismos derechos políticos que cualquier partido del espectro democrático, si su práctica política no desborda el marco constitucional. Si sus actividades no recaen en supuestos punibles son expresiones de la libertad ideológica, en España amparada por el artículo 16-1 de la Constitución, que permite todo tipo de ideas u opiniones, así como la posibilidad de exteriorizarlas, transmitir las y compartirlas, o sea, hacer proselitismo, algo que practica con asiduidad Vox.

Otra cosa es la valoración ética de sus ideas, el acierto político de sus propuestas, la calidad democrática de sus intenciones, más lo que no conocemos de éstas y el tenor de lo conocido inclina a pensar mal.

Nuestra Constitución, que dicese de ella que no es “militante” respecto a sus principios como lo es la Ley Fundamental de Alemania de 1949, plasma –virtud para unos, defecto para otros– lo que se conoce como “indiferentismo ideológico”: admite la defensa de ideas contrarias a los principios constitucionales. Es más, protege hasta a los que la niegan y pretenden vulnerarla, eso sí, si pasan a la acción tropezarán con la legislación penal.

El Tribunal Constitucional ha confirmado esa libertad ideológica en diversas sentencias. En la de 21 de mayo de 2009, por la que estima la demanda de amparo promovida por la coalición electoral “Iniciativa Internacionalista-Solidaridad entre los pueblos”, recuerda que la pluralidad ideológica es un valor fundamental del ordenamiento constitucional y asevera que “cualquier proyecto es compatible con la Constitución, siempre y cuando no se defienda a través de una actividad que vulnere los principios democráticos o los derechos fundamentales”. Y continúa, afirmando que “la Constitución es un marco de coincidencias suficientemente amplio como para que dentro de él quepan opciones políticas de muy diferente signo”.

Además de otros propósitos en abierta oposición a la Constitución o dudosamente constitucionales, Vox quiere transformar el Estado autonómico en un Estado unitario centralizado, devolver inmediatamente al Estado las competencias de Educación, Sanidad, Seguridad y Justicia y suprimir el Concierto Económico Vasco y el Convenio Navarro. Todo lo cual vulneraría los artículos 137, 143, 148 y la Disposición Adicional Primera (más todas las concordancias) de la Constitución, mientras no trate de llevarlo a la práctica quedan en afirmaciones ideológicas.

Si vulnerara la Constitución mediante actos que la legislación penal tipifique como delito, será ilegalizado y los miembros del partido que sean los autores serán procesados, mientras que esto no pase, forma parte del sistema democrático y, según el artículo 6 de la Constitución, Vox como partido concurre “a la formación y manifestación de la voluntad popular” y es “instrumento fundamental para la participación política”.

Olvidar estos principios democráticos constitucionalizados ha hecho que la ultraderecha de Vox pudiera presentarse como víctima de una discriminación injusta e hipócrita, aumentando así su atractivo para muchos en un clima cultural de enaltecimiento de los derechos de todos para todo.

En segundo lugar, el “cordón sanitario” crea una falsa seguridad, es una suerte de “línea Maginot” mental, detrás de la cual no habría que hacer nada, simplemente esperar, permanecer quietos y tranquilos, que “No pasarán”. Y esperar ¿qué?, ¿los ataques de la ultraderecha a los principios democráticos? La erosión verbal de los principios por la ultraderecha es continua, es uno de sus alicientes para ciertos votantes, más allá no irán, cuentan con algún buen jurista para no pasarse. Esta mentalidad “Maginot” es derrotismo ideológico.

Abundan las voces diciendo que “No se tiene que responder a la ultraderecha”. Craso error. Quién calla otorga, cuando menos, la razón. Es lo que ven numerosos votantes a la ultraderecha: “Si nadie les contradice, deben tener razón, encima lo que dicen me gusta, les votaré pues”.

Cuando un portavoz parlamentario de Vox sostiene que los inmigrantes, principalmente los procedentes de países islámicos, copan las listas de delincuentes, sobre todo las de violadores, y nadie lo contradice directamente con datos que muestran la perversa falacia de la acusación, entonces habrá ganado una batalla cultural importante, dado que, aunque no haya probado nada, es conocida la eficacia del viejo dicho “Calumnia, que algo queda”.

¿Desde cuándo contradecir a un mentiroso es favorecerlo? El grosero argumento de que debatir con la ultraderecha equivale a facilitar la divulgación de sus ideas, con riesgo de contagiarse, es hacerles el juego, desconfiar de la bondad de los argumentos de la democracia y ponerles la alfombra roja para el ascenso al poder.

Y, en tercer lugar, el cordón sanitario” ya les va bien, su primitiva función de aislamiento se ha invertido, ahora los protege. No debatir sobre sus ideas, no salir a refutarlas, por un lado, les permite ocultar lo impracticables que son muchas y los previsibles efectos negativos de otras, y, por otro lado, faltos de argumentos sólidos no resistirían una confrontación dialéctica con datos contrastados, tendrían que abandonar el confort de la demagogia o se les vería el plumero de su vaciedad.

Negarse a debatir con Vox ha sido un gravísimo error en buena medida imputable a cierta izquierda, le ha permitido crecer, ha hecho posible que ellos afirmaran sus ideas con total impunidad dialéctica y no tuvieran que pronunciarse sobre las ideas del “otro”. Vox lo ha tenido fácil para camuflarse y evitar que se supiera lo que piensan sobre el Ingreso Mínimo Vital, el monto del salario mínimo interprofesional, la reforma laboral, el sistema de pensiones, los CAP, los ERTES, los Fondos New Generation EU, etc., no la demagogia habitual sobre todo eso. De

saberlo la gente, puede que perdiera algún voto y no sumara tantos con tanta ligereza del votante.

La ultraderecha no es fascismo

Y otro grave error. Despachar a la ultraderecha con el calificativo de *fascista* es pretender enterrar un fenómeno del presente político en nichos del pasado.

Pocas palabras se lanzan tan rápido, tan frívolamente a la cara del otro como *fascista* y con la misma rapidez y frivolidad se tildan de *fascismo* determinadas actitudes. Ambos vocablos son ambivalentes y de uso múltiple. Por su significación primigenia, la que corresponde al fascismo histórico, sirven para descalificar a quien sea y lo que sea en el debate político o en la confrontación ideológica. Y se utilizan no solo en la calle, donde los arrebatos son frecuentes, sino también en las tertulias televisivas, donde la amplia audiencia requeriría una cierta medida, en foros académicos y similares, donde se supone que debería imperar el rigor.

Si *fascista* y *fascismo* fueran términos descriptivos de realidades, de acontecimientos en curso, no habría lugar a su atribución. Aunque sigue viva la controversia sobre la naturaleza exacta del fascismo histórico, uno de sus rasgos definitorios era la conquista del poder por medios violentos o (para)violentos.

En Europa y en España en concreto, no existe en este momento ningún movimiento que se proponga conquistar el poder a lo "fascista" y esté en condiciones materiales de hacerlo. Bien es cierto que la violencia se ha sofisticado hasta el punto de, paradójicamente, no requerir de manera necesaria el empleo de la fuerza como hicieron los *squadre d'azione* mussolinianos, las camisas pardas nazis, la *Garda de Fier* rumana, los falangistas de los puños y las pistolas.

Hoy se puede intentar la subversión del orden constitucional mediante métodos "pacíficos", en los que caben todos los retorcimientos de lo *pacífico*, y "democráticos", en los que entran todas las formas posibles de *abuso de democracia*.

Desde la "Técnica del golpe de Estado", con violencia programada, expuesta por Curzio Malaparte en 1931, mucho han evolucionado las "técnicas", que incluyen ahora, además de la violencia que "no es violencia", distintas formas de autogolpe de Estado desde las propias instituciones, sin olvidar que, desde ellas, con

habilidad y teniendo a la vista el Código Penal para no pisarlo, se pueden aplicar programas que traduzcan el ideario de quien gobierne, aunque sea turbio.

Donde caben analogías de actores y situaciones actuales con el fascismo histórico es en el terreno ideológico-cultural.

Cuando la nación o lo que se tiene por tal se sitúa por encima de todas las identidades de la pluralidad individual y colectiva, cuando se pretende movillar a la comunidad nacional para fines propios, cuando las reivindicaciones sociales se supeditan a las nacionales definidas sectariamente, cuando se siente una hostilidad implacable hacia movimientos feministas, libertarios o medioambientalistas, cuando se pretende frenar la evolución social reaccionando hacia supuestas seguridades de antaño, cuando desde las instituciones se persiguen o alientan fines inconstitucionales, cuando se tergiversa la historia para justificar pretensiones del presente, cuando, en definitiva, la preferencia nacional se coloca por encima de cualquier atisbo de humanidad y solidaridad, entonces mutatis mutandis se repiten rasgos del fascismo histórico.

¿Es acertado conceptualmente llamar fascistas a los que hoy se sitúan en esos parámetros y fascismo a lo que pretenden? Con rigor no, por más que se añada el prefijo “neo”, porque siendo las estructuras y los contextos sociales totalmente diferentes y no coincidir las potencialidades que tenga la ultraderecha con las que tuvo el fascismo histórico, se pierde capacidad de análisis de lo que sea realmente el ultraderechismo por la (falsa)equiparación con el fascismo.

Llamar (neo)*fascista* a Giorgia Meloni, y quedarse ahí, se la descontextualiza de la realidad italiana de hoy y el fenómeno que representa se escapará a la comprensión. Igual ocurre llamando *fascistas* con o sin “neo” a los de Vox. La ultraderecha que se quiere institucional no es fascismo, es otra cosa en proceso de definición, que esa cosa no guste ni ética ni políticamente, que sea peligrosa para la calidad de la democracia y que amenace o ataque las conquistas sociales, es la verdadera cuestión

La calificación de *fascistas* y *fascismo* a determinadas ideas y prácticas puede desahogar y confortar a quien emite el juicio desde una honesta posición “anti-fascista”. Pero impide la identificación y el conocimiento de realidades muy de nuestro tiempo. Una vez que le has espetado *fascista* a alguien, que supones ultraderechista, te quedas tan ancho y te ahorras tener que pensar “qué es la ultraderecha”.

Por otra parte, los vocablos *fascistas* y *fascismos* usados abusivamente desde la

izquierda callejera, también por quienes por su orientación ideológica de derecha o próxima a ésta deberían contenerse, se han hecho banales en extremo, incluso como insulto han perdido su utilidad.

Las ultraderechas son movimientos que reproducen ciertos rasgos que otrora fueron característicos de movimientos fascistas en sus distintas variantes, pero mejor utilizar la denominación de derecha extrema o ultraderecha, denominaciones que en rigor les son propias por llevar el pensamiento de la derecha a su manifestación extrema.

La causalidad cultural

Averiguar las razones de los avances en las urnas de la ultraderecha en toda Europa resulta una tarea calidoscópica, porque son diversas las razones y diferentes los colores, además de la especificidad histórica y las circunstancias de cada país.

Emitir un voto de protesta es una de las motivaciones que se da, más bien en elecciones de niveles políticos de baja potencialidad de decisión, notoriamente (y erróneamente) las europeas, y hasta cierto punto en las regionales y municipales. Hay precedentes claros de voto de protesta en este sentido, por ejemplo, los buenos resultados de Herri Batasuna en Cataluña en las elecciones europeas del 10 de junio de 1987 (¡39.692 votos, ahí es nada!), y por si flaqueara la memoria recordemos que el 19 de junio ETA atentó en el centro comercial Hipercor de la avenida Meridiana de Barcelona, causando la muerte de 21 personas y heridas a otras 45.

La razón económica tiene su peso, más exactamente la marginación social por la acumulación de paro, falta de oportunidades y guetización urbana. La consciencia de la injusticia de la marginación provoca un (justificado) resentimiento y el fuerte deseo de cambiar, de romper la situación desde los extremos, que ofrecen un cambio “fácil y rápido”. La novedad es que cada vez más se opta por el extremo de la ultraderecha.

El ultraderechista *Rassemblement National* de Marine Le Pen obtiene mayorías significativas en las demarcaciones territoriales dañadas por las repetidas crisis, mayorías que solo se las disputa la extrema ultraderecha de Éric Zemmour, defensor acérrimo de la teoría conspirativa del “gran reemplazo”: la sustitución de la población autóctona francesa por un poblamiento afro-musulmán. Saint Denis, ciudad de 112.000 habitantes, a 10 kilómetros, de París, antiguo bastión del Partido Comunista francés hoy es un feudo de Le Pen y, al mismo tiempo, el símbolo sociológico de la inversión electoral: de la izquierda a la ultraderecha sin pasar por la derecha.

Vox se beneficia de esa suerte de pauta y se está implantando electoralmente en zonas de clase trabajadora donde antes de 2023 era testimonial o no tenía representación. En el distrito de Nou Barris de Barcelona, en conjunto el más pobre

de la ciudad, ha obtenido el 9% de los votos en las municipales, un aumento de más de dos puntos respecto a 2019, no es mucho, pero es representativo de una tendencia.

Sin embargo, probablemente la razón primera sea ideológica, vehiculada culturalmente. Las recientes progresiones ultraderechistas en países de sociedades de bienestar consolidado, con poca pérdida de poder adquisitivo y con administraciones eficientes: Finlandia, Suecia, Noruega, Dinamarca, Países Bajos, Suiza, donde una clase media alta, de las más favorecidas de Europa, vota a la ultraderecha, desbancarían la razón económica como primera causa. La ideología es determinante, finalmente más que las condiciones materiales de vida que, contradictoriamente, la ideología que dimana de ellas llega a ocultarlas o hacerlas secundarias. La “amenaza islamista” (negativa) evocada por Vox habrá influido más que el impacto (positivo) de la aprobación del Ingreso Mínimo Vital.

A mayor abundamiento, a la ultraderecha ya le va el sistema capitalista de economía liberal, en este punto sintoniza plenamente con las derechas, solo lo regularían para aplicar la “preferencia nacional” en ocupación, producción, consumo y servicios –una reminiscencia de la autarquía de regímenes del fascismo–, excluyendo a los inmigrantes irregulares de los beneficios del Estado de bienestar tales como el acceso pleno a la sanidad pública, la limitación o la denegación de las ayudas sociales, etc.

En cambio, las sociedades de la opulencia, el destino anhelado de la inmigración se ven zarandeadas por el “choque migratorio”.

Que en los Países Bajos la inmigración organizada de origen musulmán, procedente de la antigua colonia indonesia con el acompañamiento de inmigrantes musulmanes de otras procedencias, haya pretendido que la religión islámica sea reconocida oficialmente al mismo nivel que el protestantismo calvinista, pilar fundamental de la identidad histórica neerlandesa, explicaría el éxito del xenófobo Geert Wilders, líder del ultraderechista *Partij Voor de Vrijheid* (Partido por la Libertad).

El “choque migratorio” se vive con mayor o menor intensidad en casi todos los países europeos y España no se libra de padecerlo. De Ripoll, lugar emblemático de la Cataluña medieval, donde *Aliança catalana*, ultraderecha soberanista, consigue el 30,76% de los votos con el eslogan de campaña “Salvem Ripoll” (de la inmigración) y un discurso islamófobo explotando el trauma de los atentados yihadistas de Barcelona y Cambrils de agosto de 2017, a Dos Hermanas, que sigue

siendo un bastión del PSOE-A (50,66% del voto), pero donde Vox se sitúa como tercera fuerza con el 11,33%, la progresión local de la ultraderecha es innegable.

Si se añade la demanda transversal de “ley y orden”, quizás habríamos identificado la causa primera —un híbrido ideológico-cultural— del ascenso de la ultraderecha: “no más inmigrantes, no más delincuencia, no más desorden”, es la consigna que más atrae de Vox y también la que explica una cierta vuelta de la derecha conservadora, que recoge parte del descontento

Si se quiere frenar y revertir el ascenso —la ultraderecha no disfruta de una dinámica de inexorable ascenso, en los Países Bajos lleva dos retrocesos consecutivos, en las generales de 2017 y en las provinciales de 2023— no basta con la imprescindible reducción de la marginación social, empezando por el paro, los partidos de la democracia cristiana, concretamente la CDU alemana, que ha marcado tendencia en la derecha, del centro, liberales y verdes, de la izquierda socialdemócrata y de la izquierda “más a la izquierda”, tendrán que, inevitablemente, entrar al trapo y proponer interpretaciones y medidas de “desinflación” del “choque migratorio” y de la demanda de “ley y orden”, lo que comporta salir de del confort de los principios, algo que disgusta porque obliga a codearse, ni que sea dialécticamente, con las ultraderechas.

El reaccionarismo paralizante

Constatar críticamente la penetración y la difusión de las ideas de la ultraderecha no supone, en absoluto, relativizarlas. Las ideas con todo su peso están ahí —son el elefante en la habitación—, ignorarlas es peor, deja libre el campo cultural a la ultraderecha que lo ocupa a placer por incomparecencia del contrario.

En democracia, las ideas que se rechazan se refutan con argumentos políticos, lo que no sea eso es ceguera, condescendencia, derrotismo o claudicación ante ellas. Se olvida la observación gramsciana de que a la hegemonía política se llega a través de la hegemonía cultural. Lo sabe la ultraderecha que es lo menos gramsciano que uno pueda imaginar.

Tal vez, la crítica más acerada que en el plano ideológico se puede hacer a la ultraderecha sea su carácter reaccionario, su negación de la complejidad del presente, siempre simplificada con verdades perpetuas, su entorpecimiento de la evolución social —solo entorpecimiento, puesto que el cambio social hacia delante es irrefrenable, si no lo fuera, todavía viviríamos en las cavernas—, su “retorno al pasado” como remedio a todos los males.

El trumpismo, una variante estadounidense pujante de la ultraderecha —los norteamericanos tienen versiones autóctonas ultra extremas con violencia criminal incluida, como el Ku Klux Klan, además del integrismo exacerbado de los predicadores evangelistas— lo plasma con nitidez su eslogan fundacional *Make America Great Again* (Haz América grande otra vez) —de hecho, Ronald Reagan ya utilizó un *Let's Make America Great Again* en la campaña presidencial de 1980— en qué again da la clave del sentido reaccionario del propósito: “otra vez” evoca el retorno al pasado, que se tiene por mejor, como reacción a un presente que no se entiende y, no entendiéndolo, no se puede influir en él ni prever sus efectos.

Ese rechazo del presente por las ultraderechas explicaría la sensación que producen de desubicación, están ahí, cierto, como el elefante en la habitación, pero su “estar” tiene algo de fantasmagórico, diríase que no acaban de ser creíbles en su materialidad como fenómeno, como lo fue el fenómeno del fascismo histórico. Permítaseme una licencia interpretativa. ¿Será porque sus ideas son también

ideas-ideológicas inconfesadas de mucha gente y que por eso no necesitarían estructura ósea exterior?

Vox es prototípico del reaccionarismo, sus dirigentes y muchos de sus seguidores temen socialmente aquello que es nuevo, su eje programático es el “retorno al pasado” cuando no existían las Autonomías, las conquistas del feminismo y de las otras libertades, ni el divorcio, el aborto, la eutanasia, la Memoria Histórica, el plurilingüismo, la igualdad social de hombre y mujer, un tiempo el de entonces, situado antes de la Constitución de 1978, que sin un presente rupturista como el actual lo tiene por un mundo supuestamente mejor, por eso lleva en su programa la derogación de las leyes del presente que “empeoraron” el mundo. El PP sigue esa estela hasta la modificación o, aún más cautelosamente, hasta “ajustar” las leyes, pues, “derechita cobarde”, no se atreve a proponer su derogación como Vox, salvo las de Memoria Histórica, Derecho a la Vivienda, “Trans” y garantía de derechos a los LGTBI, como figuraba en su programa del 23-J (2023).

La copia de Vox al trumpismo, “Haz España (Andalucía, Cataluña, Barcelona, etc.) grande otra vez”, resulta una imitación pomposa y ridícula, que denota falta de creación ideológica propia, pero sobre todo refleja el miedo al presente característico de la ultraderecha, que, contradictoriamente, ellos que tanto miedo tienen, dan cada vez menos miedo a los crédulos y más miedo a los conscientes de sus peligrosos propósitos.

El reaccionarismo, del que las ultraderechas son el exponente máximo, es hoy un reto tremendo en un momento crucial de la evolución social con desafíos planetarios como el cambio climático, la demografía desbordada o la amenaza nuclear, y provoca un retroceso social o, como mínimo, un entorpecimiento grave del discurrir y, en todo caso, produce un miedo paralizante al presente.

Como ocurrió con otros movimientos disruptivos –la referencia a los fascismos es sugerente– no haber identificado suficientemente los rasgos e intenciones del reaccionarismo y no haberlo combatido a tiempo traerá malas consecuencias. Es el error cometido con la ultraderecha a la que se ha preferido ignorar, pese a que ya no cabía en la habitación.

El blanqueamiento de la ultraderecha

El “cordón sanitario”, además de la estrategia de contención institucional de las ultraderechas, suponía una demonización de la ultraderecha como movimiento ideológico y político, por ideas nefastas y por prácticas peligrosas para la democracia, y también una ocultación de sus ideas, como si “ocultándolas” –algo imposible en la era del Internet y de las redes sociales– no existieran. La demonización ha hecho que no demos crédito a la ultraderecha ni cuando dice que la lluvia cae de arriba abajo, lo cual es injusto y temerario, pues alguna vez, en alguna cuestión, puede que tenga razón. Su expansión actual significaría que la ultraderecha se está blanqueando, que equivale a (des)demonizando, a (des)marginación y normalización como lo denomina Cas Mudde, experto en extremismo político. Ciertas referencias explican e impulsan el blanqueamiento en curso.

En Polonia, gobierna el PiS (Ley y Justicia), un partido de derecha extrema, de conservadurismo nacionalista y clericalismo radical, pretende el control del poder judicial por el ejecutivo, es antiabortista, rechaza el matrimonio homosexual y la eutanasia, hasta reimplantaría la pena de muerte; en Hungría gobierna el Fidez, un partido conservador de populismo nacionalista, manifiestamente soberanista, xenófobo, antiinmigración, homófobo e irredentista de una “Gran Hungría” anterior al desmembramiento del Imperio Austro-Húngaro, irredentismo profundamente desestabilizador en el Este de Europa por reivindicar territorios que hoy forman parte de Austria, Eslovaquia, Rumania, Croacia, Serbia y Ucrania.

Ambos gobiernos han mantenido sonados enfrentamientos con las instituciones europeas, principalmente con la Comisión Europea, guardiana de los Tratados, por haber promovido leyes que conculcaban principios y disposiciones comunitarias reconocidos en los Tratados.

La intervención de la Unión no es una injerencia en la soberanía de los Estados polaco y húngaro, como han alegado los respectivos gobiernos. Ser miembro de la Unión tiene substanciosas ventajas en seguridad y solidaridad. Polonia y Hungría han recibido miles de millones de euros de los fondos estructurales, que les han facilitado un notable desarrollo económico, y recibirán otros miles de millones

de los fondos de recuperación Next Generation EU. Pero la condición de miembro de la UE también conlleva aceptar y respetar el acervo comunitario, el conjunto de principios, disposiciones, jurisprudencia, derechos y obligaciones que constituyen el “corpus jurídico” de la Unión, y que se transpone a los sistemas jurídicos de los Estados miembros.

Los gobiernos de Polonia y Hungría, más que como gobiernos de derecha extrema, han sido vistos como gobiernos contestarios frente a Bruselas, lo que incluso genera simpatías entre los sectores de opinión euroescéptica, entre los que se encuentran las ultraderechas, algunas euroescépticas en grado sumo, euróforas otras. Estos gobiernos de ultraderecha lo son de Estados miembros de la Unión, esta condición por sí sola ya blanquea, aunque sea algo percibido de manera lejana fuera del ámbito regional, sin duda desde España. El gobierno de Polonia ha mejorado su imagen con su política de solidaridad hacia Ucrania y los refugiados de guerra ucranianos, no así el gobierno de Hungría por la ambigüedad que mantiene ante la Rusia de Vladímir Putin.

Dos relumbrantes paradigmas del “paraíso nórdico” están cambiando a impulsos de la ultraderecha y dan una imagen de su penetración ideológica que impresiona.

En Finlandia, país antes modélico en progreso social y en escrupuloso respeto de derechos y libertades, el ultraderechista *Partido de los Finlandeses*, después de haber obtenido el 20,1% de los votos, el segundo partido más votado, forma parte de un gobierno de coalición y dirige carteras clave, Finanzas, Justicia e Interior, Sanidad y Asuntos Sociales y otras tres, imponiendo el endurecimiento de las políticas de inmigración y asilo y recortes en sanidad, ayudas sociales y educación.

En Suecia, que ha sido el país de referencia de las políticas socialdemócratas, la formación ultraderechista *Demócratas de Suecia*, sin participar en el gobierno de derechas constituido en octubre de 2022, le da apoyo parlamentario a cambio de reducciones de impuestos, menos inversión en protección climática y en ayudas sociales y más restricciones, que las que ya se proponía efectuar la derecha, en inmigración y asilo.

Pero quien ha dado la campanada y se lleva la palma en blanqueo genérico de la ultraderecha es Georgia Meloni, la líder de *Fratelli d'Italia*, partido abiertamente ultraderechista que obtuvo el 26,1% de los votos en las elecciones legislativas de septiembre de 2022 y en octubre formó gobierno, en coalición con la *Lega* de Matteo Salvini, derecha nacionalista, y *Forza Italia* de Silvio Berlusconi, derecha populista.

Si sorpresa hubo con la constitución de ese gobierno, el primero hegemonizado por la ultraderecha desde 1945 en Italia, país grande de Europa que figura entre los fundadores de las Comunidades europeas en 1951, la sorpresa ha continuado por su inesperada estabilidad y templanza. Y si fuera cierta la anticipación que se atribuye a Italia en ideas y fenómenos políticos en Europa, cabría vaticinar una posible victoria de Marine Le Pen en las presidenciales francesas de 2026, tanto más cuanto que Emanuel Macron no puede volverse a presentar y su espacio político no tiene un sucesor definido.

¿Y qué podría anticipar Meloni respecto a Vox? Lo que representan Georgia Meloni de *Fratelli d'Italia* y Santiago Abascal de Vox no son comparables, pese a lo que tienen en común como dirigentes ultraderechistas y a las aproximadamente parecidas España e Italia por mediterráneas.

Vox invitó a Meloni a la campaña de las elecciones andaluzas de junio de 2022 y participó en un mitin en Marbella. Su intervención fue ultra por todo lo alto, casi desbordó a los anfitriones. Cargó contra la inmigración, las feministas, el colectivo LGTBI, el aborto, la eutanasia, Europa... Fue la Meloni que podía compararse con Santiago Abascal, y éste presumió de amplias concomitancias con ella.

Pero eso era antes del triunfo electoral de Meloni y de su investidura como presidenta del gobierno italiano, y este “antes” es, precisamente, lo que induce a creer que la virulencia de la extrema derecha se atenúa cuando llega al gobierno, luego Vox no sería el mismo de ahora en un hipotético Gobierno de España, como no lo está siendo la Meloni presidenta del consejo de ministros respecto a sí misma. En esa creencia hay errores de interpretación.

Las cautelas de Meloni como gobernante son inteligentes, pero forzosas. Italia está al filo de navaja, su deuda exterior sube al 147% del PIB, necesita imperiosamente estabilidad política interior y el apoyo financiero europeo, los fondos Next Generation EU aportarán a Italia unos 191.500 millones de euros, la tabla de salvación. Meloni no hará nada que pueda complicarle su relación con Bruselas, al contrario, se comporta como una alumna aplicada. En política exterior y en economía no se ha alejado de la línea de su predecesor, Mario Draghi, que contaba con todas las bendiciones de Bruselas y Washington. Incluso se muestra como atlantista sin reservas ante la agresión de Rusia a Ucrania, mucho más comprometida que Víctor Orbán o Marine Le Pen.

¿Podría Vox seguir la senda de *Fratelli d'Italia* y Abascal la de Meloni? Difícilmente, porque Vox no ganará unas elecciones generales, tendría que sustituir en

toda España al PP como preferencia conservadora, algo harto improbable, y en coalición con el PP -seamos críticos, pero intelectualmente honestos- no será el truculento Vox de las campañas electorales. Y porque la tosquedad ideológica de Vox le resta cintura para los movimientos políticos.

Meloni ha “modernizado” la extrema derecha italiana. No se reconoce públicamente como fascista o neofascista, ni siquiera como simpatizante del fascismo, al que sitúa como una experiencia con pros y contras, pero histórica. Meloni está construyendo una derecha radical que habrá que ver hasta dónde llega en extremismo. Abascal no solamente no ha condenado el franquismo, sino que le carcome y limita la fuerte nostalgia de éste. Aprovechemos para recordar que el PP nunca ha condenado el franquismo mediante un acto solemne de repulsa institucional, aunque sí que lo han hecho de dientes para afuera algunos de sus dirigentes.

Vox se debate todavía entre dogmatismo y pragmatismo, y la ultraderecha italiana ha optado por el pragmatismo, y aplicar las ideas reaccionarias que las circunstancias permitan, ir acumulando regresiones que no choquen con derechos y libertades fundamentales, que no obliguen a intervenir a las instituciones de la Unión y que no sean frenadas por las resistencias interiores.

Meloni es quien más ha hecho para blanquear a la ultraderecha, hasta se postula como gran teórica europea de una “nueva ultraderecha”, moderna, con tintes moderados en economía y en política exterior y “fuerte” en lo demás. Su misma condición de mujer introduce una duda razonable sobre el antifeminismo militante de la ultraderecha, tanto más cuanto que Meloni hace pinitos en feminismo con su defensa de la mujer trabajadora, de la conciliación familiar y de la equiparación salarial de hombre y mujer en los mismos puestos de trabajo, incluso denuncia los asesinatos de mujeres por hombres. Insuficiente, tramposo porque elude pronunciarse sobre la cuestión mayor de la desigualdad social de género, pero al parecer convincente para las mujeres votantes de su partido *Fratelli d'Italia*.

Finalmente, las exhibiciones de Georgia Meloni como presidenta del gobierno italiano de solidaridad atlantista en la cumbre del G-20 en Bali, en noviembre de 2022, y en la del G-7 en Hiroshima en mayo de 2023, más las frecuentes reuniones y encuentros europeos en qué juega la carta de la cooperación institucional, aunque sean tacticismo resultan tranquilizantes, habrán quedado grabadas en la retina de indecisos respecto a votar a Vox y a otras ultraderechas europeas.

El miedo a los que ya no dan miedo

Los dirigentes ultraderechistas han edulcorado su retórica y gesticulación, estén en la oposición o en las instituciones. Marine Le Pen lleva años practicando una estrategia de penetración “*en douceur*”, suavemente y con sordina para no asustar, deja que Éric Zemmour sea el radical de extrema derecha con el propósito de encarnar ella el “centro” de la extrema derecha. Vox se prepara para entrar en cuantos gobiernos pueda, de momento sin haber abandonado su truculencia ideológica, pero deberá pactar con una derecha que tanto no quiere arriesgar, pues necesita el voto de un cierto centro.

Además de los finlandeses, Víctor Orbán en Hungría, Andrzej Duda en Polonia, Georgia Meloni en Italia hacen que parezca normal la participación de la ultraderecha en la gobernación de los Estados. Justo es decir que los tres se hallan bastante coartados en la aplicación de su ideario de extrema derecha tanto por las resistencias del interior –Varsovia, Budapest y Roma son ciudades gobernadas por la socialdemocracia local– como por la dependencia que tienen de la Unión Europea, pues se juegan la retención preventiva de partidas de los fondos comunitarios, si se exceden con medidas de gobierno que conculquen los Tratados de la Unión, retención que ya han experimentado el gobierno de Polonia por incumplimiento de una Sentencia del Tribunal de Justicia de la Unión y el de Hungría por su ley anti-LGTBI.

Aun así, ahora es cuando todos ellos dan más miedo porque se contienen tácticamente a las puertas del poder como la ultraderecha sueca y la checa o se blanquean con la respetabilidad derivada de la gobernación. Todos disimulan sus intenciones porque todavía no detentan plenamente el poder, aunque gobiernen o aspiran a alcanzarlo, pero todos estimulan a potenciales imitadores.

Por eso, hay que hacer frente a las ideas que representan, comunes en un amplio abanico a las ultraderechas, por muy contenidas que sean las aplicaciones actuales, pues la contención irá aflojando, igual como se ha aflojado el “cordón sanitario”.

Los que nos situamos fuera de la ultraderecha, acompañada en largos tramos

ideológicos por la derecha conservadora, tenemos que decidir si las ideas extremas, que la democracia respeta, pese a su sesgo antidemocrático, que en el caso de España la Constitución ampara en su formulación y transmisión, pese a su desprecio de principios constitucionales, son las ideas bajo las que queremos vivir. Si la respuesta es no, hay que combatir esas ideas sin concesiones, con absoluta firmeza, si la respuesta fuera sí, digámoslo sin ambages, habría que votar a la ultraderecha y llevarla al poder.

El resultado insuficiente del PP y Vox en las elecciones legislativas del 23-J (2023) ha frustrado una probable coalición de ambas derechas, que habría tenido, además de las consecuencias en España, un sonado impacto en Europa. No obstante, el PP ha dejado claro que estaba dispuesto a pactar con Vox el Gobierno de España -lo ha hecho ya en Ayuntamientos y Autonomías-, algo que hubiera afianzado la normalización genérica de la ultraderecha y, dado el peso de España, habría abierto un ciclo insólito en Europa.

A modo de epílogo

Interrogarse sobre la ultraderecha obliga a hacerse preguntas sobre la evolución de nuestras sociedades y traer a colación otros fenómenos como las emigraciones, el cambio climático y la construcción europea, sobre todo lo cual la ultraderecha tiene una posición que la mayor parte de las veces únicamente difiere de la de la derecha por la extremosidad de las propuestas, que no altera el sentido de la posición y de las ideas subyacentes, solo les añade premura –“inmediatamente” es la exigencia rutinaria de Vox– y radicalismo.

Y la concreta reflexión sobre las ideas y las prácticas de la ultraderecha encuentra enseguida e inevitablemente a la derecha en esas mismas ideas, y algo menos en las prácticas, no tanto por moderadas como porque muchas lo son por una actitud precavida e interesada, puesto el ojo en el disputado (por la izquierda socialdemócrata) votante de “centro”.

La derecha y la ultraderecha son ramas de un grueso tronco común, con la advertencia de que ni una rama ni la otra son únicas ni de follaje homogéneo. La diversidad se da más en el campo de la derecha tradicional, la ultraderecha es muy monotemática en torno a la inmigración y a los rechazos. No son lo mismo la democracia cristiana alemana, la CDU, y el Partido Popular, y el respectivo liderazgo político puede acrecentar la diferencia. Con Angela Merkel la CDU estuvo muy “centrada” en lo económico-social y muy intransigente con la ultraderecha de la AFD. El PP de Mariano Rajoy, que coincidió ocho años con Merkel, no dio la talla comparativamente ni en lo económico-social ni en lo político y eso que no tuvo que pronunciarse sobre la relación con Vox. En cambio, qué decir del PP de Alberto Núñez Feijóo que se ha entregado con armas y bagajes a la ultraderecha de Vox en gobiernos municipales y autonómicos.

Explica esa diferencia entre derechas el hecho histórico de la participación de las democracias cristianas de Alemania e Italia en la reconstrucción política de Europa después de 1945, las cuales, junto con la socialdemocracia, sentaron las bases del Estado de bienestar a modo de contrato social. Nada parecido hicieron las derechas españolas que, salvo unas pocas y meritorias excepciones de

líderes coherentes (Antón Cañellas en Cataluña, por ejemplo), desaparecieron del escenario político o colaboraron con el régimen de los 40 años. Esos antecedentes de la historia de la derecha en España influyen tanto en su ideología, más a la derecha que la de la democracia cristiana alemana, como en su relación (condescendiente) con Vox, con el que coinciden, además de en ideas, en una nostalgia de la moral en tiempos del franquismo, inconfesada en el PP, abiertamente aceptada e incluso propagada, por Vox

Las ultraderechas crecen y se crecen con la inmigración. Hay ciudades de Francia, Bélgica y Alemania con cerca o más del 30% de inmigrantes de distintas procedencias geográficas, étnicas, religiosas y culturales, habría que suponer que la población autóctona local es de una generosísima santidad si no se resintiera por la presencia de tantos inmigrantes no integrados. No reconocer que existe un “choque migratorio” es una negación de avestruz.

Y el problema no está encarrilado y en vías de solución, al contrario, irá en aumento, si no se corrigen en origen las causas de la emigración masiva: una demografía incontenida – según las Naciones Unidas, el África Subsahariana podría alcanzar los 2.000 millones de habitantes en 2040–, un subdesarrollo local profundo –pese a la existencia de abundantes recursos naturales en la mayoría de los países de emigración y el capital de una población joven–, un “estado de necesidad” masivo –sin esperanza de mejora–. Decir que corregir todo eso es sumamente complejo sería no decir nada. Es más, el problema es de tal magnitud que supera a Europa y a los países de emigración. Es, en definitiva, uno de los grandes problemas de la Humanidad junto con e interconectado al cambio climático, que provocará oleadas de refugiados que desbordarán la reinserción regional y acabarán presionando Europa –encima la ultraderecha niega las consecuencias del cambio climático–, y a la amenaza nuclear que, aunque la mutua disuasión evita la guerra del fin del mundo, fuerza un statu quo (bloqueante) que impide la negociación de los otros grandes problemas.

Habrá que convocar más pronto que tarde en el marco de las Naciones Unidas una conferencia mundial sobre la emigración, cuyo desarrollo será tan tenso y difícil como el de las conferencias de desarme.

Europa tendrá que gestionar un largo “mientras tanto” de inmigración irregular. No puede abrir puertas –y no lo hace–, ni siquiera dejarlas entornadas, arriesga no solamente la sostenibilidad de los sistemas sociales, sino también la estabilidad política de los Estados. El acuerdo del Consejo de ministros de Interior de los 27 sobre un mecanismo de reparto de la acogida de inmigrantes llegados de manera

irregular a la Unión Europea es solo un paliativo para los Estados que sufren la mayor presión, entre ellos España,

En todo caso, no hay que dejar que solo la ultraderecha hable del problema de la inmigración. Y decir que hablar desde fuera de la ultraderecha de la inmigración masiva como problema es contagiarse de su ideología y hacer seguidismo de ésta es una soberana necedad y un desprecio a la solvencia ética y a la firmeza democrática de los que intentamos hacerlo con objetividad.

En el “mientras tanto”, Europa tiene que seguir protegiendo sus fronteras exteriores, a mayor abundamiento porque los dirigentes sin escrúpulos de Marruecos, Turquía, Siria, Rusia y Bielorrusia, entre otros, utilizan los refugiados y la emigración de masas como un chantaje económico o un arma de guerra, sin olvidar que la “permeabilidad de las fronteras” es una acusación de la ultraderecha muy efectiva entre los electores indecisos.

También hay notables diferencias entre las mismas ultraderechas, muy pegadas al terreno, las determinan y las distinguen lo nacional como marco del presente y referencia histórica, las condiciones materiales, las circunstancias y la cultura del país. No es lo mismo la AFD, marcada por los precedentes históricos del nazismo y del (falso) régimen comunista de la antigua Alemania Oriental, pero sin nostalgia de aquellos, que Vox, que, aunque tardíamente constituido, no se ha desprendido de la nostalgia del franquismo.

Si ambas formaciones coinciden en el rechazo genérico de la inmigración, la inmigración en Alemania y en España es distinta en número, en composición humana, en antigüedad muchos de los inmigrantes y en integración casi todos. La AFD no puede pretender la expulsión de una inmigración turca de hasta cuarta generación, recordaría demasiado la eliminación de los judíos por el Tercer Reich, y si consiente la inmigración turca por qué no la siria, la paquistaní, la afgana, etc. En cambio, Vox, sin necesidad de un gran esfuerzo justificativo, puede pretender políticas de reducción drástica de una inmigración reciente no arraigada. Esta diferencia se nota en el discurso de ambos partidos sobre la inmigración, más matizado el de la AFD, radical el de Vox que propugna la inmediata expulsión de los inmigrantes irregulares.

La AFD está muy atenta a lo económico en una sociedad tradicionalmente pendiente de los índices bursátiles, de la inflación y del nivel de crecimiento de la economía, y hace propuestas en inversiones e investigación, discutibles, pero serias. A Vox le resbala la economía, fuera de preferencias nacionales, exclusiones de

los servicios públicos, reducciones del gasto social y bajada general y radical de impuestos y, a la vez, pretende la cuadratura del círculo de incrementar determinados servicios y, por supuesto, la seguridad interior y la defensa exterior, ambas de presupuesto caro.

La ultraderecha no es un tercer género como ella misma se considera, no hay una derecha, una izquierda y una ultraderecha, como tampoco hay un centro como cuarto género.

Desde muy antiguo, existen dos concepciones básicas de la sociedad y su organización, hoy legítimas en democracia: la derecha que grosso modo se identifica con la defensa del individuo, la primacía de la libertad individual y la competitividad en todos los dominios, y la izquierda que se identifica también grosso modo con la defensa de lo colectivo, la primacía de lo social y la defensa de las libertades públicas per se y como garantía de la libertad individual. La derecha es la opción preferida de los poseedores y la izquierda la opción necesaria de los desposeídos.

Después se añaden las variantes a las respectivas definiciones, que se gradúan por el centro, centroderecha y centroizquierda, y por los extremos. Tanto respecto de la derecha como de la izquierda cabe hablar de “extrema” o “ultra” para movimientos ideológicos y formaciones políticas que llevan las ideas del tronco común a una interpretación y, en su caso aplicación, extremada. También pueden añadirse calificativos concretos que identifican determinados acentos: derecha xenófoba, conservadora, clerical; izquierda populista, transformadora, reformista.

Si se acepta esta aclaración conceptual, se comprenden pactos legítimos entre partidos legales, con los que diríase que se forman extrañas parejas: la coalición del PSOE y Unidas Podemos, la del PP y Vox. No habría que rasgarse las vestiduras ni por la una ni por la otra. En democracia a lo que no gusta, si no infringe la ley, se le oponen alternativas, no descalificaciones. En cada coalición habrá que ver cuál es la interpretación dominante en las ideas comunes, el PSOE y Unidas Podemos estando ambos partidos por la primacía de lo social y de las libertades públicas, Unidas Podemos tiende a forzar la idea (y a precipitarse en su aplicación), por eso se le sitúa a la izquierda de la izquierda socialdemócrata, de hecho, constituye un ala izquierda todavía mal definida de la socialdemocracia, aunque prefiera llamarse “izquierda transformadora”.

El PP y Vox están por la primacía de lo individual y la reducción de la intervención del Estado en lo social –aunque apelan al Estado para salvar bancos o asegurar el orden público, si hace falta– así como por la reducción o la supresión de im-

puestos. Vox extrema la interpretación de la idea y exige su aplicación radical e inmediata –la exigencia de inmediatez puede ser incluso subversión de la legalidad, si supone una ejecución saltándose el procedimiento–, además de tener un programa específico de rechazos “irrenunciables”, entre ellos, la inmigración y el feminismo, por eso es derecha extrema o ultra.

Seamos conscientes de que la ultraderecha ha venido para quedarse guste o no, en qué porcentaje y con qué poder se dilucidará en las urnas, de ahí la importancia del combate ideológico. Escandalizarse unos por esa presencia y otros celebrarla pertenece a la libre elección de cada individuo, influir en esa libertad es la finalidad de la propaganda de los partidos y de sus ideólogos y medios afines, con demasiada frecuencia mediante el juego sucio de manipulaciones, tergiversaciones, falsedades y ahora con eso de los hechos paralelos y las “verdades mentiras” o “las mentiras verdades” que tanto da.

El “cordón sanitario” aplicado a la ultraderecha –sin olvidar los cordones sanitarios y las deslegitimaciones a la izquierda, a Bildu o al PSC por la derecha nacionalista catalana–, además de ser dudosamente constitucional, ha sido un fracaso, no ha impedido la progresión de la ultraderecha y ha debilitado la resistencia y la oposición a ella; todo lo más, habría retrasado un tiempo, no mucho, la entrada de la ultraderecha en el gobierno de las instituciones, por otra parte, una entrada legítima mientras el partido ultra sea legal.

Al contrario de lo que se pretendía con el “cordón sanitario”, en España -y vale para los líderes de las ultraderechas de fuera- hay que escuchar atentamente a Santiago Abascal y a los otros dirigentes de Vox, haciéndolo se descubre la vaciedad de sus propósitos envueltos en altisonante palabrería, lo inapropiado, impracticable y peligroso de sus propuestas, todo lo cual el “cordón sanitario” ocultaba.

Las ideas de la ultraderecha hay que refutarlas ideológicamente, combatir las políticamente, no ignorarlas y menos despreciarlas, aunque asqueen democrática y éticamente; la política no tiene que prescindir de la ética, pero es otra cosa, por eso frecuentemente el combate político es tan encarnizado y lo será con la ultraderecha cuya ideologización ha barrido la ética de su actuación.

El voto acordeón o de péndulo entre derecha y ultraderecha es preferible al voto consolidado a la ultraderecha. Para la higiene democrática conviene una mayoría de la derecha a costa de la ultraderecha –es lo que habría pasado el 23-J (2023)–, antes que una de la ultraderecha a costa de la derecha, la honestidad intelectual

obliga a reconocerlo. La derecha sube cuando extrema la interpretación de las ideas del tronco común con la ultraderecha y entonces le resta votos o cuando se distancia notoriamente de ella y entonces atrae al votante de centro, lo que en todo caso hay que hacer es combatir esas ideas, con independencia de quién sea el portador y de para quién se voten.

La diferencia ideológica y programática entre la izquierda y la ultraderecha es nítida, pueden darse trasvases de votos —el voto no deja de ser una decisión muy personal y por eso muy sensible a las circunstancias de cada uno—, pero limitados. La diferencia entre la derecha y la ultraderecha es confusa y los respectivos partidos e ideólogos según les convenga aún la hacen más ambigua, menos discernible, el trasvase de votos puede llegar a ser cuantioso, decisivo en unas elecciones generales de régimen mayoritario y también para las asignaciones de los restos en las de régimen proporcional.

No es cierto que políticamente se “vive” mejor contra la ultraderecha, siempre será preferible un terreno de respeto, relativo o no, de las formas y la posibilidad de acuerdos, que pueden darse con la derecha y muy difícilmente con la ultraderecha, sin descartarlos, los ultraderechistas no son alienígenas, son radicales de este mundo a los que hay que contener por el bien común, no contentar como hace el PP. En las sociedades avanzadas de Occidente, entre las que se halla la española, un cierto consenso y equilibrio entre derecha e izquierda beneficia a ambas frente a los extremos y sin duda al cuerpo social que sacará algo de la una y de la otra, además de asegurar la estabilidad política.

(La recuperación de Europa)

Toda comunidad humana con unas determinadas características que la singularizan, si teme por su existencia, genera grupos generalmente radicales de autodefensa para evitar la pérdida de características, la irrelevancia o la misma desaparición. Las ultraderechas europeas se han autoerigido en esos grupos en Europa porque la consideran amenazada por los cambios de dentro -el presente que rechazan- y por las presiones que llegan de fuera -la inmigración, el dumping social en las importaciones y en la deslocalización industrial y de servicios, la pertenencia a organizaciones internacionales o supranacionales, cuyos estatutos o tratados se consideran limitativos de la soberanía nacional, entre otras-.

Las ultraderechas no salvarán Europa, la hundirán si no se las contiene, su negativismo es reaccionario, de frenada y después marcha atrás. Es absolutamente imposible la recuperación que pretenden de un pasado interior de seguridades como las de la época de la burguesía europea, hoy irreproducibles, y de un pasado exterior imperial, moralmente condenable y hoy sin espacio ni posibilidad alguna de reconstitución.

Las ultraderechas son el mayor peligro interior para la Unión Europea -el proceso de integración supranacional más avanzado del mundo, una referencia para incipientes procesos de integración de otras regiones-, ideológicamente siembran antieuropeísmo, políticamente se oponen a la integración y cuando llegan al gobierno de Estados miembros frenan desde estos lo que pueden -que empieza a ser mucho- aprovechando el requisito de la unanimidad en determinadas decisiones. Hoy ya están directa o indirectamente instaladas en Polonia, Hungría, Finlandia, Suecia e Italia, si consiguieran un país grande más, España, por ejemplo, la situación sería muy grave. El fracaso de la Unión tendría una repercusión mundial y no solo en el orden de la estabilidad geoestratégica, a la que la Unión contribuye con su poder blando tan alejado de los emboscados imperialismos de Estados Unidos, Rusia y China, sino por la pérdida de la referencia que la Unión representa para la esperanza universal de superar "la llamada de la tribu", como diría Mario Vargass Llosa.

Si el peligro es de ámbito europeo, hay que afrontarlo a escala europea. Sin embargo, las sensibilidades culturales frente al fenómeno de la ultraderecha son todavía “nacionales”. En Alemania ha habido una verdadera conmoción emocional y política porque una población de poco más de 8.000 habitantes, Raguhn-Jessnitz, en el estado federado de Sajonia-Anhalt, tendrá el primer alcalde ultraderechista de Alemania. En España, Vox, con o sin el apoyo del PP, ha entrado en los gobiernos municipales de ciudades tan importantes como Gijón, Pontevedra, Burgos, Valladolid, Talavera de la Reina, Móstoles, Guadalajara, Alcalá de Henares, Toledo y Elche, además de en muchas pequeñas poblaciones, sin ninguna especial conmoción, el contraste con Alemania es enorme, y lo que ocurre en España es de transcendencia europea, es un clavo más en el ataúd del “cordón sanitario”, el último clavo se lo pondrá Francia.

Europa que ha producido todas las ideas políticas desde la “polis” de la Grecia clásica hasta hoy, incluida la idea de nación, y que ha generado monstruos como el nazismo, ha producido también los antídotos políticos; contra el nazismo y el fascismo el antídoto de la democracia, las libertades y los derechos humanos y para su definitiva liquidación, el aplastamiento militar. Y sigue batiéndose contra el nacionalismo, excrecencia de la nación, hoy agudizado por su inflamación por la ultraderecha.

Europa genera monstruos cuando tiene miedo, el miedo de los años veinte y treinta del siglo XX generó el nazismo, el fascismo y el falso comunismo. Europa tiene miedo de nuevo. Las últimas crisis han provocado una introspección cultural, consciente o no. El balance de esa introspección es el ambiente de malestar general, no es algo nuevo en la historia contemporánea de Europa, pero el actual aun siendo intenso tiene escaso fundamento. Las estructuras económicas europeas resisten, el Estado de bienestar renquea, pero Europa todavía es la región más “social” del planeta, más que China y, de lejos, mucho más que Estados Unidos. La Rusia de Vladimir Putin, admirada por los ultraderechistas, con una pensión media de jubilación de 303€ y un salario medio interprofesional de 480€ no cuenta en lo social, solo atemoriza por su agresividad y su terrible poder nuclear. Europa con el 7% de la población mundial produce el 25% de la riqueza y concentra el 50% del gasto público mundial.

Los datos macroeconómicos deberían confortar a los europeos, enorgullecerlos incluso. En cambio, hay insatisfacción, sensación de fragilidad económica y de inseguridad en el orden político y militar, todo lo cual deja un resentimiento y una pérdida de confianza en las instituciones. Europa ha pasado de poseer los

mayores imperios de la historia, del sentimiento de superioridad racial del colonizador, del dominio de los mares y océanos, de la potencia militar imbatible, de considerarse la civilización elegida por Dios a recluirse en sus fronteras de pequeño continente, a la dependencia en defensa, en productos energéticos, en minerales estratégicos, en chips, cuya escasez penaliza y paraliza las fábricas europeas, y ha pasado a descubrir que dependía de China por unas miserables mascarillas y de la India por los antibióticos más corrientes, y a sentirse asediada por los potenciales emigrantes de medio mundo. El europeo se tiene (infundadamente) por un perdedor, que ni cuenta ni decide en la esfera mundial y muy poco en casa.

Y busca fuerzas para la recuperación como las que encontró frente al nazismo, el fascismo y el falso comunismo, entonces las obtuvo por la vía democrática, por la economía social de mercado, por la construcción de un sólido respeto de los derechos y las libertades, por el Estado de bienestar. Pero ahora todo eso ya se tiene y se ve agotado como respuesta, peor todavía, en el contexto de todo eso se han desencadenado las crisis de 2008, 2019 y 2022; luego lo que se tiene le parece que no vale como escudo.

Dañada la confianza, atenazados por la inseguridad y las amenazas, la respuesta se busca ahora en propuestas novedosas, potentes, radicales, rompedoras: “hacer Europa grande otra vez” —entendida como una Europa de naciones soberanas, la cual sería un artificio lleno de contradicciones—, parar y hacer retroceder la inmigración, revalorizar el *ius sanguinis*, disfrutar de preferencias nacionales, establecer un orden de sólidas seguridades, recuperar la superioridad perdida, diluir los grandes problemas mediante la comodidad de una simple negación, no importa que las propuestas sean impracticables, insolidarias, fuera del tiempo, inmorales incluso.

Esa (falsa) respuesta rupturista la ofrecen los ultras, no los de izquierda —nunca había habido en Europa tan poca ultraizquierda—, sino la ultraderecha. Este es el secreto del auge simultáneo de la ultraderecha en toda Europa. Ahora bien, es una respuesta que no servirá para nada, no acierta en el diagnóstico, solo es nostalgia del pasado de Europa, e incienso, mucho incienso, producirá más frustración, más malestar cultural y social, más inestabilidad política. Analizando las propuestas, que no son otra cosa que rechazos, se nota que la ultraderecha no comprende los grandes problemas de nuestro tiempo: la desigualdad, las emigraciones, la demografía insostenible, la pobreza del hambre, el cambio climático, la amenaza nuclear, solo queda claro que los teme. Esa falta de comprensión

de los problemas actuales la hace inútil, no esperemos ninguna solución de la ultraderecha.

Tal vez del fracaso cantado de las propuestas de la ultraderecha y de los destrozos y sufrimiento que provocarán renazca el espíritu de recuperación basado en los valores que a mediados del siglo XX alzaron Europa contra las dictaduras y frente a la deshumanización. Europa es la única región del mundo que puede ser portadora de una misión en el sentido orteguiano y ser percibida con esta singularidad, no así Estados Unidos, China, Rusia, la India o el archipiélago musulmán, esa es su gran tarea y responsabilidad.

Mientras tanto, habrá que contener el auge de la ultraderecha, reconstruir una derecha democrática, buscar un centro, fortalecer el reformismo socialdemócrata, apostar por más integración económica y política de la Unión Europea –la agresividad de la Rusia actual la facilita– que incluya una posición europea común ante la inmigración, proponerse liderazgos exigentes en primacía de lo social, en feminismo liberador, en contención y mitigación del cambio climático, en desnu-clearización...

Es un programa tan ambicioso como idealista, pero esta combinación de ambición e idealismo fue la que permitió en un contexto muchísimo peor que el actual el inicio de la construcción europea a principios de la década de los cincuenta del siglo XX, cuando las heridas materiales, físicas y espirituales de la guerra más devastadora de la historia de Europa estaban abiertas, sangrando todavía muchas.

Si eso no funciona, tendremos ultraderecha para rato, además ideológicamente hegemónica, una inestabilidad de múltiples caras asegurada y una rotura de Europa. Solo nos queda esperar, obrar para evitarlo y confiar en que saldremos de la ultraderecha y mantendremos nuestros valores, que son lo mejor de nosotros los europeos. Europa ha superado situaciones peores. De nuevo por honestidad intelectual, reconozcamos que al menos las ultraderechas no son peores que el nazismo y los fascismos que nuestros antecesores derrotaron.



Fundació
Rafael Campalans

www.fcampalans.cat